



El Grito Silenciado.

---

Si no escribo, me consumo

Si no escribo, me ahogo

Si no grito, no existo

Si no rompo el silencio me muero.

Minerva Athenea

Noviembre- 2015

Portada: El Grito: Edvar Munch

Galería Nacional de Oslo.

## Índice

Capítulo 1.- El Tiempo, La Espera, El Momento, El Instante.....	4
Capítulo 2.- El reencuentro.....	23
Capítulo 3.- Perdón, Lo Siento, Te Amo, Gracias.....	39
Capítulo 4.- Los Domingos por la Tarde.....	50
Capítulo 5.- El Misterioso Silencio de la Libélula Azul.....	56
Capítulo 6.- El Grito Silenciado.....	65
Notas.....	90

## Capítulo 1.- El tiempo, la espera, el momento, el instante

El tiempo nunca se detuvo, siguió su curso, la espera llegó a su límite. El momento había llegado, era la señal de lo que era inevitable posponer. La llamada del kairós (1) estaba presente, el instante señalado. Las Moiras (2), las hilanderas del destino estaban a punto de cortar el hilo. La rueda de la vida de mi madre estaba llegando a su fin, pero para mí estaba claro, que ellas no determinarían el momento de su muerte, pues ya había tomado la decisión de irse, pero ella diría cómo, cuándo y en dónde.

La conocía, era tan obcecada que todo tenía que ser a su manera, sabía que no combatiría su batalla contra la muerte, pues la muerte, simplemente rehúye de quien la busca. Mi madre ya la había visto de frente, y le había pasado la señal de cuándo sería su momento final, y sin más luchas simplemente se entregaría aún con el miedo y el cúmulo de emociones revoloteando a su alrededor.

Yo pensé, que sería como la espera de la muerte de mi padre, pues cuando entró en estado de coma, estuvo dos meses en el hospital. Él sí libró su batalla entre el irse y quedarse. Cuando los diagnósticos nos confirmaron que ya solo nos quedaba esperar. Con angustia nos tocó ver el tiempo pasar a cuenta gotas.

En ese entonces, tenía cinco meses de embarazo de mi única hija. Me negué rotundamente a ir a verlo al hospital, y me respaldé ante la aparente decisión de mi única hermana mujer, - quien ha sido como mi madre-, dándole a ella el crédito, que por mi estado de gravidez y para protegerme -como lo haría una buena madre-, no me permitió ir a verlo, pues sería un impacto muy fuerte para mí, pero la verdad, yo preferí recordarlo radiante como siempre y no

tener registrado en mi memoria una imagen de él entubado tirado en una cama aferrándose a lo que ya no era posible. En el fondo fui yo quien no quiso enfrentar ese golpe de verle por última vez a alguien tan amado, respetado y admirado. Solo me quedé a la espera de que el timbre de teléfono rompiera el silencio corrosivo de la espera, anunciando la muerte de mi padre.

Se había vuelto costumbre, que cada vez que sonaba me exaltaba con una suma de pensamientos rondando mi cabeza, y muchos sentimientos encontrados. Al inicio, cuando el celular sonaba, sólo miraba el aparato sin quererlo tocar. Luego me llegaban flashazos de esperanza deseando escuchar que estaba mejor, que pronto saldría del hospital y lo imaginaba sano y radiante como siempre saliendo por su propio pie.

Los últimos días de mi padre, solo quería que eso se terminara y que me confirmaran su muerte. Eso sucedió hasta que por el mismo teléfono hablé con él, para que no tuviera pendiente de irse. A veces creo que se fue para darle lugar a mi hija, pues en cuanto supe la noticia de su deceso, mi vientre se movió como diciéndome que atrás de la muerte está la vida presente.

El día del funeral de mi padre, mi esposo me llevó al ultrasonido y supe que era una niña, aunque mi corazón ya lo había confirmado tiempo atrás en un sueño. Un ángel, estaba volando en algún lugar del universo, nos encontrábamos y me metía una burbuja rosa en el pecho que llevaba en ambas manos, despertándome con una agradable sensación de Paz, en ese momento, me desperté y le dije:

- ¡Eres una niña!

Para la noticia de mi padre, recuerdo que mi sobrino mayor, solo me llamó por teléfono. No había nada que decir, pues ya todos lo sabíamos, todo estaba dicho, simplemente me dijo.

- Ya, tía.-

- Ya, hijo.- Le contesté, y fue todo, pero esta vez fue distinto, no era esperar un “Ya”.

Fue otra vez romper el silencio de la angustia, de temor, de sorpresa esperada, y cuando cinco años después del deceso de mi papá, esperaba esa llamada para darme la misma noticia que la presencia de la muerte rondaba otra vez la casa de mis padres, sentía una inquietud diferente. La casa de mis padres, se había convertido para mí en un lugar muy lejano, mi sobrino esta vez fue más claro:

-Tía, ya vente, mi abuela te está esperando –.

-¿Esperando?- pensé.- ¿Como para qué?- Se preguntaba mi cabeza con pensamientos revueltos. Si tiene sus cuatro hijos en el extranjero y yo a dos horas. ¿Porqué rayos me tendría que esperar a mí y no a ellos? ¿Otra vez me vuelven a endosar cargas que no son mías?- Aguijoneaban estos reclamos en mi diálogo interno como avispas ácidas.

– Sí, hijo.- Le contesté después de exhalar profundamente y hablando con resignación que él conocía.

-Pero no tengo dinero-. Rematé aliviada de no poder ir, pues hacía tiempo que me habían liquidado de donde trabajaba, y el dinero ya me lo había acabado.

- No te preocupes tía te deposito mil pesos en este momento-.

-Si hijo, gracias-.

Le pasé mi número de cuenta bancaria con obvio desgano, para finalmente colgarle. Repentinamente, un aire espeso y aplastante se apoderó de mí. El momento era este, no podía escapar. Me embargó una pesadez, dándome la impresión de estar cargando el mundo en la espalda como cuando sabes que tienes que enfrentar tu realidad en espera de una sentencia.

Tanta era mi negación de encarar ese momento, que al ir al banco, por manejo de cuenta, me habían cobrado una serie de intereses, enseguida me vi a mi misma, con una cara irónica pero de alivio, diciéndole a mi sobrino de una forma muy dolida, que lo sentía mucho, pero que lo que me quedaba no era suficiente para ir a ver a mi madre en sus últimos momentos de vida. Sentí cierto alivio, eso me daba tiempo de retrasar mi ida, y simplemente llegaría cuando quizás la estuvieran velando y con el pretexto de la distancia, apenas llegaría a cubrir el último trámite, pero claro, sabía que la peor batalla que yo podía enfrentar, no era la de ver a mi madre, si no la que tenía en mi interior.

La muerte de mi padre, para mí fue un parte aguas, pues comencé a tomar conciencia de mi propia generación de realidad, y aprendí que: **“Cuando se es consciente de lo que pasa a tu alrededor, ya no hay marcha atrás”**, y por más que uno se haga el disimulado, nuestro fuero interno está gritando la verdad. Aún así que con una mascareta, le llamé a mi sobrino para comunicarle lo acontecido, pero para mí mala suerte me dijo:

-No te preocupes tía, te vuelvo a depositar.

Por lo pronto, el pretexto del dinero se me había acabado. Mi padre cumpliría cinco años de haber hecho su transición el 25 de julio, -día de Santiago Apóstol-, de cualquier forma tenía que ir a rememorar ese día a mi hermosísimo padre convertido ahora en gran espíritu de Luz

que seguía habitando entre nosotros, solo que apenas era 6 de julio y además viernes, y ya me habían llamado y yo con mi negativa de ir. Como era fin de semana, no había excusa. Con un largo suspiro de “no me queda de otra” al ver que mi pretexto no surtió el efecto que esperaba, sólo me quedó decir:

-Gracias hijo-...Silencio incómodo...

De repente, me llegó otro pretexto.- Se me abrieron más los ojos con un brillo vivo-. Mi hija estaba en su curso de verano, y no quería que perdiera su clase, así que esperaría a la hora de su salida para no interrumpirla, era lo más que podía regatear el tiempo.

-Tan pronto salga la nena me voy para allá, ¿vale?-

- Si tía, vénganse con cuidado. Bye...-Silencio pesado...

Le colgué, y me di a la tarea de arreglar maletas para dos o tres días, no tardaría mucho en regresar a lo que tenía que ir, un simple sepelio y enseguida volvería a que mi hija reanudara sus clases. Otra perfecta salida para no estar más tiempo allá, era un motivo convincente para regresar pronto.

**“-Ninguno que poniendo su mano al arado mirare atrás, es hábil para el Reino de Dios”-**

Dejó dicho el gran Maestro Jesús de Nazareth. Para mí no había marcha atrás. Estaba obligada a ver hacia adelante. El tiempo se me había vencido, pero era más cómodo ver la falla hacia afuera, que mirar en mí adentro. Yo ya no podía retroceder, sabía lo que estaba pasando, era un asunto inconcluso que me negaba a llevarlo a cabo y el tiempo me devoraba. Mi verdad interior era que no estaba siendo honesta conmigo misma y eso carcomía la

conciencia. Y si sabiendo, aún hay negación, Dios te pone en el camino una serie de señales de advertencia, pero no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Ese asunto sin arreglar, no era de ahorita, eso me estaba pasando desde hacía ya un tiempo, inventando varios pretextos para no presentarme frente a mi madre evitando verla. Me respaldé, que unos días antes, aparentemente de la nada, se me irritó la garganta, y me daban ataques de tos, tanto, que me paralizaban. Esta invasión de tos que inconscientemente me generé, me alejaba de la posibilidad de estar cerca de ella, porque la podía contagiar y todos dijeron que mejor esperara a que me curara. ¡MENTIRA! Momentos antes de mi ataque de tos, mi hermana me había llamado por teléfono para decirme.

–Tienes que venir, mamá ya está muy mal y ya empezó a delirar, no deja de repetir: “La niña, primero la niña, cuiden a la niña. ¿Dónde está la niña?”–.

Eso literalmente me dejó sin habla bloqueándome la garganta, con ganas de escupir barbaries. Sabía perfectamente que tenía algo atorado que no podía gritar o simplemente expresar. Fue cuando súbitamente me atacó la tos.

-Mejor no vengas-. Dijo mi hermana, puedes contagiar a mamá y complicar las cosas.

-¡A salvo!- Pensé yo con cierto gusto.

Para entonces, yo también estaba tomando un curso, así que me fui lo más tranquila que pude, aunque llegué tarde porque me entretuve con lo del banco

Al entrar a mi curso, las chicas ya habían comenzado la clase. Entré sigilosamente para no interrumpir. Vi el pizarrón, y estaban viendo el tema de “Cómo Enfrentar una Batalla Exterior Desde Tú Interior” y también aparentemente había surgido el tema de la nada, otra señal que

me negaba a ver, pero me dio escalofrío. El programa se había alterado porque a la profesora se le olvidaron las copias de la otra clase en la tienda y decidieron dar ese tema por adelantado. No era simple coincidencia, era una diosidencia.

Tan pronto hice consciencia del tema, interrumpí con un ataque de tos. Los hermosos ojos de mi profesora eran tan expresivos, que con la sola mirada me decían: -“No te hagas, sabes que tienes algo que decir y no lo dices”-. Su silencio era más elocuente, tuve que salir en repetidas veces de la clase, tanto que uno de los encargados de piso me dijo, al mismo tiempo que me pasaba un vaso con agua.

- Señora, no es posible que usted esté así, necesita ver un doctor.

Bebí con calma, haciendo un gran esfuerzo por contenerme, y con los ojos sumamente llorosos, le agradecí el trago, y le retribuí con una sonrisa a lo que me dijera, confirmando en mi mente que no podía estar cerca de mi madre, así que mientras más lejos mejor. Eso me quitaba culpa hacia afuera, disfrazando mi interior que me decía: - Yo si quiero ir pero ¡ven que no puedo!- Pero más adentro de mi ser, la espina seguía clavada. Claro, nunca faltaría quien afirmara mis juicios y pretextos para negarme a ver mi propia responsabilidad, enfocarme en la falla de afuera y no dentro de mí misma, ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en mi propio ojo.

Total, cuando me tocó pasar enfrente y exponer mi caso, yo ya había armado el guión perfecto, otra vez mi subconsciente me traicionó y se me salió decirles que ya me habían llamado para anunciarme que mi madre me estaba esperando. Ellas ya sabían que madre estaba en estado terminal, pues en algún momento se los había comentado. Mis compañeras se me acercaron para darme ánimos y hacerme entender que aún era tiempo de hablar con

mi madre. Yo seguía con mi negativa de ir, argumentando que no era para tanto, además, la tos cada vez era más grave, tos sumamente seca, de perro dolido.

Una de ellas me dio donde más me dolía.

- Hazlo por tu hija, que tu hija vea lo que haces por tu madre, así ella te recordará y en su momento ella lo hará por ti.- ¡Zas! Gancho al hígado y sin anestesia.

Sentí cómo en mi pecho me sonó como un gran gong chino vibró en todo mi interior. Un agujón más clavado en mi corazón, porque me daba cuenta que tenía que enfrentarla, entonces me inventé que la razón de no querer ir era no verla débil, porque siempre ella había sido muy fuerte.

Mi profesora, amorosamente, me ayudó a hacer un mantra para que lo fuera repitiendo mientras manejaba:

-“Siempre fuiste fuerte, pero te perdono ahora por verte débil, se vale tener miedo”.- También era otro pretexto más a la larga lista de escudos que me auto imponía. No era que yo me negara a verla débil, o quizás si, tal vez había una parte de mí que quería por lo menos un instante de mi vida conocer su vulnerabilidad, pero eso era imposible incluso hasta morboso, agradecí los comentarios. Mi clase terminó y antes de irme, todas me abrazaron y yo comencé a temblar. ¡Claro, tenía miedo!

El tiempo no se hizo esperar. Un aire frío me pasó rozando el cuerpo al recordar que tenía que emprender un largo y pesado viaje, aunque fuera poca la distancia relativa, la distancia que más pesaba era la que había entre ella y yo.

Pasé por mi hija y le comenté a la *Miss* de las posibles faltas porque saldríamos fuera. Me despedí no sin antes reiterarle que solo serían uno o dos días por lo mucho.

Regresé a casa por las pocas pertenencias que había empacado. Volví a pasar al banco por dinero que ya estaba esperándome sin excusa ni pretexto, y arranqué hacia mi destino, mientras le explicaba a mi hija que pasaríamos unos días en la casa de la abuela. Ella feliz porque a pesar de tener varios años que no íbamos, recordaba el “arroz de la abuela” que tanto disfrutara y que madre tanto empeño pusiera en cumplir el gusto de mi hija. La verdad es que, quien probara los guisos de mi madre, jamás olvidaría el gozo de haberlos tenido en su paladar. Era como una explosión de recuerdos y sentimientos encontrados. Ahora, solo se lo mandaba con mi hermana porque de mí no había señales de volver a regresar a verla, y tampoco ella me llamaría. Así éramos las dos de orgullosas.

-¡Nunca, jamás!

Le grité cuando juré no volver a verla, antes de azotar la puerta marcando un enorme vacío y una gran distancia entre ella y yo, sellado por un pesado silencio de amargura y alejamiento que delimité yo misma, pero ese “Nunca, jamás” se había volcado, el ahora había llegado, la promesa estaba rota.

Por el camino, tuve que parar varias veces, hacerme totalmente a un lado de la carretera, porque esas convulsiones de tos me cegaban la vista impidiéndome conducir arriesgando la vida de mi pequeña y la mía, haciendo el camino más pesado.

Recordé los relatos de mi abuelo paterno cuando nos platicaba las historias de la Biblia, específicamente la parte del Éxodo, donde el patriarca Moisés, guiara a su pueblo hacia la tierra prometida, y lo que se consideraba un viaje de unas pocas semanas, se convirtieron en un pesaroso viaje de 40 años. Así estaba yo viviendo mi propia huida. Mi evasión me llevó a que un viaje de solo un par de horas, se convirtiera en cinco, y la tierra prometida no se vislumbraba por ninguna parte.

Desde que murió mi padre, solo había regresado en contadas ocasiones, pues su ausencia me traspasaba, enseguida mi hija ocupó ese gran vacío, después ese enfrentamiento con madre que me auto impedía regresar.

Al igual que mi papá al morir el abuelo, jamás le recuerdo haberlo visto entrar a la casa de los abuelos, a esa linda casa tan llena de hermosos recuerdos que forjaron los primeros seis años de mi infancia. Era tan lindo estar siempre ahí, que hasta respiraba más ligero, mi lugar favorito, el más tranquilo del mundo, donde solo penetraba un silencio apacible en mis oídos, y dormitaba sin preocupaciones, como quien duerme con la conciencia tranquila, donde todo es armonía y no había monstruos nocturnos como en la casa de mis padres. A veces, el silencio se interrumpía con el tic tac del reloj cuando mi abuela le daba cuerda dando señal que ella todavía existía. Cuando la abuela quedó sola en esa casa tan grande, parecía alma en pena, pues la familia dejó de asistir. Mi padre me mandaba por ella, y enseguida aparecía con sus suaves pisadas que yo escuchaba detrás del sonido del engranaje del reloj, como si siempre nos estuviera esperando. Le tendía la mano para que se sostuviera de mí y la conducía al auto, pues la abuela parecía que cada día se hacía más pequeña, yo creo que también le pesaba la nostalgia de no tener junto a ella a su compañero de toda la vida, eran la pareja perfecta como si llevaran todas sus vidas y existencias juntos.

Afuera papá nos aguardaba para que ella pasara unos días con nosotros. Nos abría la puerta como todo un caballero, y nos sentábamos juntas en la parte trasera. Yo ponía mi cabeza en sus piernas y ella me acariciaba durante todo el trayecto, cerraba los ojos, y me dejaba que lo hiciera como gato hambriento de caricias. A veces veía como mi papá que nos miraba por el espejo retrovisor con aquellos ojos sonrientes gozando de tan cautivadora escena. Luego un buen día ya no volví a ver a la abuela, nadie me dijo nada, solo imaginé que se había ido al cielo volando.

Yo quedé muy dolida al perder a mis abuelos, a veces en mis infortunios, le gritaba a mi abuelo que regresara por mí y me llevara con él, pero él parecía no escucharme.

No sé qué habrán hecho mis tíos con esa casa, -papá nunca asistió al reparto de la herencia que dejaron los abuelos-. Ahora las colonias han cambiado mucho y con tanta nueva construcción, no sé dónde quedó, se perdió junto con mis recuerdos y sueños de niña.

Pasé de largo por el barrio donde crecí. Vi con infinita tristeza que un centro comercial había borrado “el llano” que le llamábamos de niños, y lo máximo que se podía hacer era cazar chapulines. Luego los chiquillos se iban a la cocina de la casa, pues les causaba gracia como saltaban en el comal caliente, y luego se los devoraban con chile y limón, a mí me daba aberración verlos cómo se los comían, pues me daba envidia cómo celebraban su travesura y me daban lástima los pobres animalitos.

Recuerdo que para llegar al llano había que traspasar una pared, donde los chavales revoltosos hicieron un hoyo, justo para que pasara una persona, yo nunca pude atravesar esa pared, era como traspasar a la dimensión desconocida. Me quedaba parada impotente viendo

con mucha tristeza como toda la chiquillada pasaba feliz aquel muro disfrutando de su hazaña llegando hacia el otro lado. Yo tenía que esperar a mi padre, y que llegara el fin de semana para que se llevara una enorme cuerda para amarrarla entre los árboles de la ribera del río que corría con agua cristalina y hacerme columpio. Me encantaba el vaivén de las cuerdas movidas suavemente por mi papá, y yo veía el sol entre las ramas de los árboles, hasta que un día fui a rebotar contra los árboles y me pegue de costalazo, jamás me volví a subir. Cuando hacía mucho calor, todos se iban a bañar al río, como yo era la más pequeña y enfermiza, no me dejaban. Solo acompañaba a madre a que lavara la ropa, y a escondidas, me mojaba los pies, pero siempre me delataba porque en la tarde acababa con dolor de anginas. También, disfrutábamos de los guisos de madre, y papá organizaba todo sobre un enorme mantel para hacer pic nin en compañía de mis primos.

Hoy en día todos esos niños incluyendo mis cuatro hermanos hombres -todos más grandes que yo- cruzaron el muro de forma ilegal que delimita este país con el país vecino del norte, yo fui la única que me quedé de este lado como cuando era niña.

Los árboles donde nos columpiábamos, ya habían sido borrados del paisaje. El río en el que nos solíamos mojar los pies, ya era solo un triste recuerdo, pues se había convertido en un gran desagüe de alcantarilla de la caótica ciudad, fomentando la polución, ratas girando alrededor olores a putrefacción y muerte como lo que iba a enfrentar.

Montones de libélulas y golondrinas volaban alrededor de las sábanas blancas que mamá lavaba en su lavadora nueva, -pero ella siempre terminaba tallando en el lavadero, porque no quedaban tan blancas como a ella le gustaba, siempre fue muy pulcra en todo-. Ya tenía tantos años de eso, que ya ni lo recordaba. Yo salía al patio cuando las miraba llegar, pues

me hacía vibrar el aleteo de las golondrinas. En mi lugar de residencia actual, se presentan puntualmente sobre volando el cielo, anunciando el verano como lo dicen los dichos: Algunos niños cazaban las libélulas y les quitaban las alas, a mí me reventaba el estómago de coraje al verlas como las dejaban, papá me ayudaba a enterrarlas, pues decía que sin alas era como morir en vida.

Finalmente, estaba yo frente a casa. No recuerdo como lo logré, repentinamente perdí la noción de la distancia y el tiempo. Luego estaba yo ahí, otra vez peleándome en mi cabeza si pasar o no por esa puerta.

No sé si habré cerrado por un instante los ojos o se me figuró ver a mi padre que me abría la puerta, lo vi tan real que hasta le sonreí y lo saludé agitando mi mano mientras me estacionaba como solía hacerlo, corrí a abrazarlo, pero me regresé a bajar a mi hija del auto, cuando volteé, ya se había desvanecido, me quedé parada pensando totalmente petrificada, hasta que mi hija me volcó a la realidad preguntándome si no íbamos a entrar, pues ella ansiaba comer “el arroz de la abuela”.

Antes para entrar a la casa de mis padres, solo había que meter la mano a través de los plásticos que cubrían el imponente zaguán de color blanco y pasar libremente.

Hoy en día, hasta las dos tiendas que abastecían la colonia, tienen rejas por todas partes, solo una mano anónima respaldada por una lejana voz, era quien ahora despacha y cobra los encargos, ya no había diálogos, ya no éramos libres de recargarnos en los escaparates y colocar los codos plácidamente y sin prisas para platicar por largos ratos y enterarnos de la vida de los vecinos. Y no solo de la vida de los demás, también era un ritual de intercambio de información como saber quién tenía hijos casaderos para presentarlos con la posibilidad que

se agradaran y quizás hasta en boda terminarían -. Yo para entonces tenía ocho años, y estaba descartada ante cualquier posibilidad de boda, pues nadie se haría cargo de un fenómeno con 20 kilos de sobre peso y talla 40, “lenta e inútil” como me gritaba mi madre. Me acuerdo que ella les decía a sus clientas que era la fasolasa, alusivo a un personaje de Los Polivoces llamado Fasolasi. Un gordo cantante de ópera de talla de Pavarotti, a lo que algunos se reía, otras me miraban con ojos de lástima. Yo dejaba que las capas de grasa me protegieran y me humillaran y quería desaparecer, pero lejos de hacerme invisible, me hacía más visible siendo blanco fácil de todo tipo de bromas pesadas. Madre decía que si quería casarme, tenía que irme a buscar marido a otra colonia o al extranjero donde nadie me conociera. Palabras proféticas que años después se cumplirían al casarme en el extranjero.

Al pasar con el auto, vi tristemente aquellas cárceles caseras, donde ahora los diálogos se limitaban a pedir el producto y en dictar su precio.

Afortunadamente, no sé por qué llevaba la llave para abrir, evitando así anunciar mi presencia. Esa llave nunca me había pesado tanto como en ese momento, era como cargar un grillete que aumentara su peso invisible por el pasar de cada año. Al usarla, parecía que trataba de abrir el portón de una gran fortaleza o de una enorme prisión de la que quizás nunca podría salir.

Me paré frente a las escaleras y los pies me pesaban como plomo, de repente me vi como una niña, con mis largos cabellos rizados, con mis vestidos zancos que me confeccionaba mi hermana con los retazos de tela que le sobraban a madre cuando tenía su maquila de ropa.

Vi mis viejos miedos no resueltos que me daban la bienvenida y me invitaban sarcásticamente a subir como prediciendo que era una batalla perdida. Era el mismo miedo: ENFRENTAR A MI MADRE. Luego, otra niña me tomó delicadamente de la mano, era la mano pura de mi hija que me preguntaba si estaba bien, aterrizando a mi realidad, volviendo a ser yo en el aquí y ahora. Mi respiración se aceleró y los latidos del corazón galopaban en mis sienes. Yo solo atiné a asentir, y juntas subimos las escaleras, de su mano me colgué para enfrentar lo inevitable, seguramente yo sola, no lo hubiera podido hacer. Mi hija me daba fortaleza, a pesar de su corta edad, mi pequeña se había convertido en mi gran maestra. –“Es un espíritu viejo en un cuerpo joven”-. Me dijo un día uno de mis profesores.

Un mañana, durante mis caminatas muy tempraneras, había tomado como costumbre hablar con Dios. El día después, justo cuando le grité a madre que ya no volvería, le reclamaba a Dios el comportamiento de ella para conmigo, Él puso en mi mente:

-“Encontrarás a tu madre en tu hija”.- me dijo, a lo que yo le contesté.

– No me chingues.-

Pero Dios es Dios y no hay poder que le gane. En ese momento mi enojo era tal, que me cegué a ver el panorama completo. Así falté muchos días a mis citas con Él. Ahora, años después, mi hija me tomaba de la mano para guiarme al encuentro con mi madre, juntas entramos al recibidor de la casa.

Al traspasar la puerta, mi hija corrió a buscar a su abuela, mientras mi olfato buscaba esos olores tan apreciados que inundaban el aire hasta la calle, provocando los comentarios de los transeúntes anunciando la apertura del exitoso restaurante de mi madre, aromas que enamoraban a todos los gustos. Ahora, sólo se percibía el olor a medicinas rancias, a formol

de hospital, el olor de la muerte. Un vago efluvio, luchaba por encubrir la fetidez proveniente de la cocina, claro que no era madre quien cocinaba, aunque por un momento fugaz me lo imaginara.

Entré sigilosamente como queriendo explorar el panorama antes de entrar a la habitación de madre para ver que arma iba a usar en el campo de batalla y con cuál ella me iba a recibir, peleando hasta muerte súbita.

Mi hermana pegó un brinco de sorpresa al verme repentinamente. Su sobresalto fue proporcional a mi turbación. Parecía muerto viviente, se veía como me imaginaba a madre durante el camino. Había bajado mucho de peso, tenía ojeras hasta media cara, sumamente cansada y totalmente encorvada, parecía que el cuerpo le pasaba como cargando el mundo en su espalda. Ella se veía más enferma que como vería a la propia desahuciada.

Mi hija corrió a abrazarla y solo así cambió su semblante. Con grandes esfuerzos, pero con alegría, le sirvió su arroz a mi hija, a lo que ella a la primer cucharada refutó que ese no era el tan ansiado “arroz de la abuela”, preguntando y buscándola a la vez. Mi hermana solo dijo que estaba en su habitación durmiendo, a lo que yo esperaba que fuera su sueño más profundo. Llegaron mis sobrinos más pequeños a darme la bienvenida y atinadamente se llevaron a mi hija a jugar con ellos.

–Te está acabando-. Le dije, pero me quedé esperando una respuesta mientras ella mezclaba los guisos de las cazuelas, entonces proseguí con más énfasis.

- No dejes que te chupe.- Alcancé a balbucear como para que madre no nos oyera, pues le daba su ataque de ira cada vez que nos pillaba secreteando entre nosotras.

Mi hermana me puso al tanto de lo acontecido en mi ausencia. Yo escuchaba con evasivas, no quería volver a endosarme más culpas, pues me había costado mucho trabajo separarlas y quitármelas.

Cuando madre empezó a enfermarse, les dije con determinación:

-Madre tiene seis hijos, me toca la sexta parte.

Y así cubrí mi parte, cumpliendo cabalmente de ser proveedora, cada vez que me pedían dinero, cumplía implacablemente, para entonces tenía yo el poder de hacerlo, -pues laboraba en una empresa que me abastecía en abundancia, y pensé que eso duraría para siempre-, a lo cual, me volví arrogante. Incluso daba mucho más para limpiar mi culpa, pero mi pobre hermana realizó los otros cinco sextos, pues sus hijos que tanto amaba y protegía, nunca se presentaron con el pretexto que no tenían papeles de residencia y estaban de ilegales en un país extranjero. Yo, me limité a darle todos los gastos necesarios para sus tratamientos, análisis, infinidad de doctores, medicinas, hasta para transportes y comidas para compensarle sus penas. Todo podía yo comprar, menos el tiempo ni la muerte. Mi hermana me alegaba que madre solo quería verme aunque no me dijera nada, y yo lo que quería era que me dijera solo lo que yo quería escuchar, no verla.

Cuando mi hermana acabó de platicarme, me dijo que entráramos a la habitación, que años antes había sido mía. Madre se la había apropiado tan pronto como me fui desde la primera vez, -eso fue más de veinte años cuando terminé la licenciatura-. Para entonces, fue como borrar me del mapa, lanzando el mensaje de que ya no había cabida para mí en esa casa, a lo que yo respondí con falsa dignidad encubierta de enorme soberbia y dolor no yendo más. Solo viendo a papá con tanta felicidad en otros sitios, sin esa nube tan densa cubriendo todo a

su alrededor de la presencia de madre, pues cuando papá la llevaba terminábamos comiendo todos en silencio con un nudo de palabras atoradas en la garganta, pues nada le parecía, siempre nos amargaba todo. Una vez en un restaurante elegante, mi hermana y yo esperábamos a papá gustosas cuando lo vimos llegar con madre, hasta el apetito se nos quitó. Lo primero que me vio fueron las uñas de las manos – yo nunca solía ir a un salón de belleza a arreglarme las manos-, y me dijo “Que color tan feo, parece que te metiste los dedos entre las verijas”. Los meseros se me quedaron viendo y yo me comí mi vergüenza.

Papá siempre hizo hasta lo imposible con tal de que me reconciliara con ella y lo logró solo por un tiempo. Cuando él murió, trataba de sobrellevarla solo en su memoria de aquel hombre tan amoroso, pero tan pronto veía la primer señal de pleito, mejor me iba, así logramos estar juntas efímeramente.

Esa habitación que fue mía, tenía tantos recuerdos y se había convertido en mi fortaleza, era mi único lugar seguro, cómplice de mis sueños, esfuerzos, desventuras y sufrimientos.

Me acordé de la obra del Maestro Federico García Lorca. “La Casa de Bernarda de Alba”, que cualquier parecido con madre no era simple coincidencia, al final de la obra cuando se descubre el secreto que todas las hijas silenciaban, Bernarda dijo:

*-Las paredes no cubren la vergüenza- Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! ¡A callar he dicho! Las lágrimas cuando estén solas. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto-*

Termina la obra, pero mi telón apenas se había alzado. Difícilmente, apenas iba a atravesar el muro de la vergüenza, enseguida la muerte, después las lágrimas y quizás el luto al final. El desenlace aún nadie lo sabía, con dificultad se preveía que era el principio del final. Tal vez el

silencio se gritaría, o nadie hablaría del silencio o la muerte silenciaría a todos, dando paso a las cortinas anunciando la retirada silenciosa, pero sin final feliz.

Sí, hablar de la madre de esta forma, sé que no es socialmente aceptable, si le hablo a Dios como le hablo, qué se puede esperar de mí con los simples mortales, eso lo sé.

Madre siempre me reclamó de ser una mala hija, desagradecida, grosera e ingrata. Un día una comadre, me trató de llamar la atención por cómo le respondía a madre. Yo le dije:

-Discúlpame pero tú no sabes lo que hay entre ella y yo, además Dios así me hizo y se aguanta.

Pero ella con su expresión pasiva que tanto me enervaba me contesto.

-No comadre, Dios no te hizo así, así te volviste, quizás no tuviste opción, pero tú eres esencia de Dios misma. Su hija predilecta.

Me movió el tapete, pero si dejaba mi historia de rudeza, batalla, y lucha eterna, ¿quién sería yo sin eso? Para entonces tenía el control y éramos yo y Dios.

Al llegar frente a la puerta, las piernas me temblaron, respiré profundamente y exhalé con determinación. Estaba lista para encarar mi batalla, atravesaría la pared de la vergüenza. El principio del final comenzaba y mientras más pronto terminara mejor para todos...

## 2.- El Reencuentro, El Silencio

Apenas había traspasado el muro, ya me había arrepentido de haber entrado, no sé si cerré los ojos o simplemente no veía nada, o me negaba a hacerlo.

Mi hermana se acercó a madre con suavidad y le dijo:

- Mamá, mamá.- Le llamaba, mientras la movía despacio para despertarle.

-Mmm.- Contesto madre con dificultad, regresando de un pesaroso letargo.

-Ya llegó la nena.- O sea yo, así me llamaban en casa, al menos mi hermana a mis casi cincuenta años me sigue llamando así.

Con dificultad madre abrió los ojos, pestañeo muchas veces como acostumbrándose a la luz del día que difícilmente alumbraba la habitación.

-Aquí estoy ma.- Le dije con voz que no me reconocí.

Ella se guio con mi sonido, su mirada trataba de enfocarme, aún con los tintes de cataratas que ocupaban paulatinamente sus ojos. Pensé que su mirada me traspasaría, pero lo que vi, volvió a abrirme la herida, su mirada era de total indiferencia como la que siempre conocí.

-No sé si es mejor el odio o la indiferencia.- Era la misma mirada insensible a la que estaba acostumbrada. Me sentí fatal, arrepentida de haber ido. Me había vencido desde el primer round.

En una escena del libro Los Hijos de Sánchez de Oscar Lewis, los hijos y el padre estaban cenando así:

“Una ocasión estábamos sentados cenando —mi madrastra, mi padre, mis hermanas, mi hermano y yo—. Yo iba a dar un sorbo de café cuando volteé a ver a mi padre. Nos estaba viendo fijamente a mi hermano y a mí, como con rencor, como con odio verdadero, y nos dijo: —¡Hijos de la chingada, ya hasta lo que se tragan me pesa, hijos de la rechingada! —Sin motivo, porque ese día no habíamos hecho nada nosotros. Nos dijo así y yo nunca he vuelto a sentarme a la mesa con mi padre”. (3)

Sinceramente, madre nunca me dijo así, pero cuando leí esta parte del libro, me sentí tan identificada con Manuel, -el personaje que lo narra-, y así sentía que me decía. No por la comida porque con su restaurante, afortunadamente lo que sobraba eran los alimentos, pero si sentía que no me soportaba, entonces me atragantaba de comida, si no podía tener su amor, me hartaba de su comida, sumado a la angustia y miedos que me producían los fantasmas nocturnos que rondaban como perros rabiosos en mi habitación en aquellos años, así me tragué toda mi humillación. Tragaba comida para desatorar los nudos en la garganta que no me dejaran respirar.

La frase cambiaba a:

- Yo nunca quise tener hijos. Me hubiera gustado tener solo los dos primeros, pero luego fulano, luego perengano, luego seis abortos y para mi desgracia luego tú-.

Ese era todo su tema de conversación, aunado a que antes y después de mí fueron gemelos que tampoco nacieron. Con esta última pérdida, ella recordaba con alivio que por ese motivo no me había dado de amamantar.

-Ya no sabía qué hacer con tanto mocoso, pero Dios así lo quiso-, remataba.

Mi niña interna se volvió a manifestar y me vi danzando entre sus faldas tratando de lograr su atención: Queriendo tocarla, pero había como una especie de cristal invisible que me impedía jalarle la falda repeliéndome en cada intento, mucho menos acercarme, solo veía que sus piernas iban de un lado a otro con prisa. Entre mi lenguaje de niña, le hablaba, pero ese cristal no la dejaba escucharme, tampoco voltearme a ver y verme en sus ojos, pues el cristal solo cedía cuando sin querer, -quiero pensar-, me decía “No me estorbes” y con sus rodillas me aventaba para acabar llorando en el suelo, yo sentía que el corto camino al suelo era todo un abismo.

Jamás la pude tocar, además, con tanto mocoso como hijos y un primo que le adjudicaron, más su trabajo, nunca tenía tiempo. Mi hermana, mis abuelos o mi papá cuando estaban, eran los que finalmente me rescataban y cargaban aligerando mi sentimiento de vacío por su indiferencia. Así me acostumbré a ver a esa señora que decían era mi madre.

Terminó de verme y de repente su mirada se hizo más lejana, afortunadamente no me esperaba más, así que di media vuelta y le dije a mi hermana.

- Pues vale, yo ya cumplí, ya me vio, ya me voy.- Y di el paso para buscar a mi hija y reemprender el viaje de regreso. Era media tarde y seguramente llegaríamos todavía con la luz del sol a casa. Solo que mi hermana cariñosamente me tomó del hombro y me dijo.

- Sabes que nena no te vayas. No lo hagas por ella, hazlo por mí, yo ya estoy muy cansada - recordando que se había adjudicado las otras cinco sextas partes que le correspondían.-

-¡Ayúdame! A veces me ayuda la flaca -, (Una de las cuñadas que los hermanos dejaron en la casa de madre. Los cuatro se fueron al norte y dos de ellos le dejaron a madre sus respectivas esposas e hijos, yo le decía a madre en son de burla que le habían dejado la jaula con todo y pájaros, comentario que le enojaba pero no me decía nada, solo veía como se retorció de coraje, y yo lo hacía solo por el placer de molestarla. Hasta eso madre les solucionó la vida a su hijos con todo y descendencia), pero no siempre está y la otra ya sabes que ni se asoma-.

-Está bien.- Le dije como haciéndole un enorme favor.

-Solo por ayudarte, pero recuerda que tengo mucha tos.- Obligándome a toser con una exageración que ni un niño me lo creería.

-Reponte del viaje, hoy en la noche la cuido yo y mañana te toca a ti-. Propuso respirando con alivio mi hermana.

-Está bien.- Le repetí con pesadez, y luego le aclaré.

–Pero solo hasta el lunes, mi hija tiene que regresar a su curso de verano.- Mi hermana asintió con la cabeza con expresión mejorada, y salió de la habitación.

Me dirigí hacia el viejo sillón de la recámara que era de mi padre a sentarme.

Me quedé en silencio a ver como mi habitación había cambiado, aún quedaba el poster que un amigo de la prepa -que se había convertido en mi ángel de la guarda-, me ayudó a colocar en toda la pared-. Era la imagen de las Montañas Rocallosas de Canadá, un sueño que no he logrado todavía hacer realidad.

Ahora su cama cubría más de la mitad de la parte de abajo del muro, una serie de santos tapaba la otra parte. Un Cristo crucificado llamaba mi atención, esa imagen jamás la soporte, pues no me hacía a la idea que Cristo se quedara toda la eternidad petrificado, -de hecho para mí Cristo fue quien es gracias a que se bajó de la cruz, pero esa manía de la gente de quedarse crucificada-. No reparé que, si en ese momento, ese Cristo, llamaba mi atención, era una señal de algo que yo no había trascendido, alguna espina me seguía pinchando y estaba clavada en mi propia cruz.

Mamá se movió un poco, mi hermana decía que no dejaba de quejarse, pero misteriosamente en toda mi estadía no expresó ningún tipo de queja, siempre así era conmigo, fuerte y tajante, luego mi hermana se enojaba, pues decía que a ella todas las quejas y a mí nada, tan nada que se convertía en indiferencia ácida.

Me acerqué para verla más de cerca, mis expectativas de verla débil nunca se cumplieron, estaba fuerte y rebosante, podía decir que hasta con color rosado en las mejillas, y no pálida como me suponía, esperando a la muerte, muy a pesar que según mi hermana ya llevaba semanas sin comer.

Ya no hablaba, la última vez que llamé por teléfono equivocadamente – mi inconsciente me traicionó-, escuché su voz tan apagada que le colgué, pensaba que me estaba jugando una broma siniestra, por otra parte, mi corazón se alegró, pues esa mujer guerrera, fuerte, perseverante tirándole a terca, se encontraba dignamente dándole la cara a la muerte. Eso sí, jamás me llevaré de ella una sola imagen de debilidad tanto que hasta pesa, así que el mantra que me preparara mi profesora y agradezco mucho, no me sirvió para nada.

Me alejé con sumo cuidado para no despertarla, pues si lo hacía, nos sé que haríamos las dos juntas, tal vez le daba el infarto y ahí quedaría y hasta eso me echarían a mí la culpa.

Me fui hacia mi gran librero que estaba en la misma habitación, y que por mucho tiempo contuvo mis libros, esos Maestros que me acompañaron en mis momentos de amargura, silencio y soledad, así como de triunfo, alegrías y fortaleza. Pasé la mano como acariciando cada parte de mi viejo y fiel amigo, seguía tan majestuoso de pared a pared, pero ya casi vacío.

Madre me lo regaló cuando cumplí 15 años, pues, ya no aguantaba el montón de cajas a su paso, sobre todo en las noches cuando iba al baño de mi recámara, a cada rato se tropezaba exhalando una maldición. Ahora, desde ahí, se seguía escuchando su agotada respiración.

Solo dejé unos tomos de enciclopedias ya muy viejos. La gran mayoría me los había llevado e hice una gran biblioteca en mi casa, como venerando a cada escritor que plasmara sus historias en cada libro. Tomé cada ejemplar, los saludé y algunos hasta los olí, me hipnotizaba el olor a hojas viejas y amarillentas llenas de conocimientos.

A falta de olores agradables que componían el ambiente, me concentré en la fragancia de mis viejos amigos. El primero en salir a mi encuentro, fue Homero, recordándome el canto de

sirenas que volvía locos a los navegantes de la odisea hasta que los hacía caer al fondo del mar (4), y cuando madre me echaba su letanía, me decía a mí misma.

- Ya va a empezar con su canto de sirenas.- Entonces Homero sonreía conmigo a poca distancia guiñándome el ojo, haciéndome la locura más ligera. Luego Michael Ende me saludó aludiendo que las historias no tienen fin al menos que uno mismo lo cree. Platón y Dante Alighieri, discutían cuál era el sitio más ofuscante, si el infierno o las sombras de la caverna. En un flashazo, me sentí atrapada entre los dos, me vi entrando en la caverna, directo al infierno.

Fugazmente, me sentí observada, en ese momento voltee a ver a madre y en verdad juro poniendo a Dios como testigo, que me estaba viendo con un ojo y lo cerró rápidamente, yo creo que para no sentirse descubierta. Me sobresalté tanto, que salí corriendo del cuarto a buscar a mi hija, aunque sabía que en ese momento con las personas que estábamos, no corríamos ningún peligro.

Ninguno de los cuatro hijos de mi madre se atreverían a molestarnos. Mi hija solo conoce de ellos, lo que de vez en cuando escucha. Todos estaban en la lontananza, y muy lejos de la posibilidad de llegar a ver su madre en sus últimos momentos. Una vez que ubiqué a mi hija, me calmé, estaba jugando felizmente con mi sobrina, su sonrisa inocente me hizo regresar mi corazón a su lugar.

Era el segundo round y me encontraba derribada en el suelo, mi pelea no había llegado al final y yo ya estaba acabada, mientras mi madre ni siquiera estaba peleando, era yo la que reñía conmigo misma, era mi propia guerra la que tenía que librar, pero no sabía por qué ni con qué, o quizás no quería saberlo, era mejor seguirlo negando y estar atrapada en las

tinieblas del silencio, en el infierno y las sombras. Dicen que enemigo invisible, enemigo invencible, y yo estaba dando palos de ciego, para entrar a combate, tenía que nombrar a mi opositor, si tenía nombre, entonces tendría forma y si tiene forma, entonces podía entrar en combate, pero por lo pronto estaba perdida, no sabía ni cómo encarar la última pelea con mi madre.

Me senté un buen rato en la sala a meditar, y pensar, que mi madre estaba tan cerca de su final. Me acordé que alguien me dijo que cuando uno se está muriendo, pasa por su mente toda su vida como una película. Incluso uno podría ver imágenes y vivencias que ya la mente no se acordaba, entonces decidí poner en orden el caos de mi mente, y al igual que madre podía hacer un recuento de lo que me había llevado a esa situación. Era mi oportunidad y si quería salir victoriosa de esa batalla, tenía que entrar con mi Yo Guerrera, pero no desde la ira, sino desde la sabiduría de Dios, la cual invoqué y esperé con paciencia y absoluta certeza para que mi petición fuera correspondida.

Me detuve a pensar un poco, y me di cuenta que madre no estaba peleando, la pelea era conmigo misma y sola me estaba derrumbando. Madre como siempre no necesitaba luchar contra mí para ganarme, era yo la que me había llenado de pensamientos inservibles en mi mente y les había dado tanto poder que yo misma me paralizaba. Si quería ganar la guerra, tenía que vencer mis propias batallas, y abrirme a la posibilidad de entablar limpiamente el combate final, aun podía ganar quizás hasta sin luchar, pero primero tenía que erradicar mis resistencias que me impedían ver la claridad de la situación.

Nunca me había dado un tiempo para pensar en todos los sucesos que conformaron mi personalidad. En realidad lo que no quería era recordar y volver a vivir esas experiencias,

porque mi cuerpo se volvería otra vez retráctil, y me había costado mucho liberarme y expandirme, pero me di cuenta que no estaba libre del todo, así que pedí la iluminación de Dios y finalmente le di nombre a lo que me tenía oprimida el corazón:

Su nombre era miedo, tristeza, rabia, resentimiento, impotencia. De todo esto, estaba conformado mi fantasma. Ahora mis fantasmas tenían nombre, una forma, y tenía las herramientas necesarias para afrentarlo, porque mi peor castigo, fue el rumiar a ese fantasma por 40 años, pues ni lo escupía ni me lo tragaba, pero si me dejé envenenar mi ser por mi experiencia de vida.

Con determinación, regresé a la habitación de puntitas, pero primero tuve que volver a coger valor. Me acerqué otra vez a la cama de madre y vi que estaba plácidamente dormida, quizás había sido solo mi imaginación. Volví otra vez a mis viejos libros, no sin antes cerciorarme que todavía respiraba.

Así paso la tarde de aquel viernes. Llegó la noche. Mi hija ya se había instalado, estaba feliz de encontrarse con su tía favorita, a decir verdad no tiene mucha opción, pues es mi única hermana. Me pasé a lo que se había convertido en el cuarto de las visitas, un cuarto improvisado por mi hermana con la esperanza de que alguien llegara a ayudarlo, al final las únicas que llegamos fuimos mi hija y yo.

Me costó mucho trabajo dormirme. Otra vez, la vista me quedaba hacia aquellos techos altos. Cuando era niña parecían que las enormes y pesadas vigas que atravesaban de un lado al otro el cobertizo, se me caerían encima, para evitar tal tragedia, le rezaba a los santos para que no se vinieran abajo, aplastándome la existencia, pero estos permanecían inmunes e inalcanzables. Madre me había mandado poner un altar con santos a la luz titilante de las

veladoras disque para que cuidaran mis sueños, porque mucho tiempo duré sin dormir y eso me provocaba agotamiento provocando que me durmiera en todas partes y me hiciera lenta en todo. Lo recuerdo porque ella me decía con los dedos tronando “rápido, pareces vaca lechera, donde sea te duermes, eras lenta e inútil en todo”. Madre decía que era porque tenía la conciencia pesada por eso no podía dormir bien y tenía pesadillas. Ese altar, resultado peor, porque las sombras bailaban al son de las penumbras. Aún estaba el cuadro del ángel de la guarda que ayudaba a dos niñas a pasar un puente roto, ese camino yo lo consideraba el sendero de mi vida, tan roto como mi alma.

Después madre cambió las veladoras por un foquito que portaba una imagen del ángel de la guarda -que un vendedor ambulante le vendió en su negocio,- pero su luz era tan pequeña, que apenas alumbraba débilmente la tenebrosidad de la noche.

Otra vez aquel Cristo crucificado cambiaba su expresión solo para atormentarme. No sé qué era peor, esas sombras de falsos santos y mártires ensangrentados, o los fantasmas humanos que me asaltaban en la noche con las tinieblas como testigos ocultos dentro de su misma opacidad. Un suspiro de mi hija me hizo volver a la calma, ella dormía plácidamente con una expresión sonriente. La besé, la abracé delicadamente para no despertarla, me pegué a su cuerpecito como queriendo protegerla, pero fui yo la que me sentí más protegida. Un bracito salió de entre los cobertores para pasármelo amorosamente alrededor de mi cuello.

–Te amo hija.-. Le susurré al oído, pensando que no me respondería, pero somnolienta me contestó.

–Yo más mami.- Sentí como una sonrisa de impotencia se me dibujó en el rostro, pues no era posible que ella me protegiera a mí en vez que yo a ella como su madre. Entonces, recordé

aquella frase que Dios pusiera en mi pensamiento haciéndome rabiar tanto. “Encontrar a mi madre a través de mi hija”.

Traté de borrarlo de mi mente distrayéndome con otros pensamientos, entonces, me di cuenta que ya hacía mucho que yo no sonreía. Mi pensamiento se interrumpió, cuando, no muy lejos, escuché la dificultosa respiración de madre y se me figuró que le llamaba a una niña, pero no me quise levantar menos acercarme, si pasaba algo, ya mi hermana me llamaría.

El corazón se me inquietó cuando creí escuchar a mi hermana decir: -Ya llegó mamá, ya está aquí, mañana la ve.- No tuve ni siquiera la intención de pararme, por el contrario, todo el cuerpo se me atrofio, incluyendo la respiración que se hacía cada vez más larga y pausada, pues se me quedaba atorada en mi pecho como queriendo cubrir mi propia existencia. Mi hija volvió a suspirar con tanta armonía, que me sacó al instante de mi efecto paralizante.

A la lejanía, se escuchaba el ruido del motor de los tráileres, que se dirigen hacia el norte, tanto de la república como país vecino. De niña, solo les prestaba oídos en la soledad de la noche, y anhelaba escaparme muy lejos de ahí.

Tome la pequeña mano de mi hija, ella me la apretó con suave inocencia, entonces dormité apaciblemente sabiéndome protegida, como si me abrazara mi verdadera madre, otra vez encontraba a mi madre en mi hija. Así pasó la noche del viernes.

El sábado por la mañana, me levante muy despacio para no despertar a mi hija. Abrí la puerta para bañarme en lo que algún día fue mi baño, mi hermana estaba por cambiarle el pañal a madre, después de darme los buenos días, me pidió que la ayudara porque sola era muy difícil. Mi hermana le alzó ambas piernas y mi mamá al sentirse tocada, con todas sus fuerzas puso sus manos sobre su vagina para cubrirse.

– Es la nena mamá, no tenga pena.- Le aclaró mi hermana,

-Me está ayudando a cambiarla-. Le decía con suma paciencia y alivio. –Mi hermana siempre le habló de usted-.

Vaya sí que era todo un reto cuidarla, especialmente al cambiarla de pañal. Me acordé cuando me decía, en uno de sus tantos cantos de sirenas:

-Mal agradecida, yo que te cambié los pañales llenos de mierda.- Ahora me tocaba cambiárselos a ella, y así con todo y mierda. No voy a decir que con mucho amor, pero sí con mucha dignidad y respeto. Quisimos meterla a bañar, pero ella se negó rotundamente como lo hacen los críos haciendo berrinche cuando no se quieren bañar.

La dejamos muy limpiecita y guapa. Luego me metía a bañar. Cuando mi hija se despertó, yo me encontraba peinando a madre, mientras lo hacía, le decía que si se curaba pronto, la llevaría de regalo al santuario que tanto le gustaba ir, ella asintió con una sonrisa sincera que me sorprendió porque nunca se la había visto, pues en su rostro se había cincelado su eterna expresión de enojo. Me gustó su sonrisa, tal vez le brotó espontanea al reconocer en mi hija, a la niña que tanto reclamaba ver en sus desvaríos. Mi niña, que es todo lo contrario a las mujeres fuertes del clan. Mi hija nos opaca con su ternura ganándonos el corazón, ella no necesita imponerse ni pelear para que la amen, simplemente deja aflorar el amor que trae consigo misma y que tal vez algún día yo también lo tuviera, solo que me lo quitaron a punta de trancazos.

Se le acercó a madre y se acurrucó como un pollito. Madre la abrazó con una ternura que yo no conocía.

–Aquí está la niña. - Dijo con alivio.

Me sorprendió otra vez al verla sonreír con ella, tanto fue mi contagio, que sonreímos juntas, creo que fue la única vez en la vida que lo hicimos. Fue mi mejor obsequio, el regalo tan esperado por más de cuarenta años, aunque el abrazo no haya sido directamente para mí, como si lo hubiera sido. Quizás no me lo dio porque en su inconsciente tenía registrado que yo no lo aceptaría, en cambio mi hija que es toda inocencia, lo aceptó sin tapujos poniéndome la muestra, pues mi cabeza estaba llena de juicios, producto de mis experiencias, obscureciendo la Luz en mis ojos. Al ser mi hija lo más preciado, fue más que si me lo hubieran otorgado a mí. Otra vez actuaba mi gran maestra, mi hermosa niña.

-Dios es verbo no sustantivo.- Decía mi papá a cada rato al escuchar una de sus canciones favoritas. Mi hija simplemente actuaba, no palabrerías ni suposiciones como yo.

El sábado me la pasé con ella. Casi todo el día se la pasó durmiendo, por la tarde, llegó el doctor a revisarla, yo la moví para despertarla. Ella suspiró y preguntó.

-¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó? – Y con un suspiro de resignación dijo.- Creo que me estoy muriendo –.

Alzó la vista y conoció al doctor.

- ¿Cómo estoy doctor?- El doctor sonrió contestándole.

- ¡Qué fuerte eres mujer! En mis cuarenta años de servicio, nunca he visto a alguien tan fuerte como tú. La gente hoy en día se muere por menos y tu llevas ya no sé cuántos días sin comer, ¡eres todo un roble!- Sí pensé, un roble fuerte e inflexible-...

No sé si eso era un halago, o simplemente un comentario para llenar el vacío del silencio de incertidumbre que espera la respuesta de su diagnóstico que todos ya sabíamos. Luego traté de darle de comer, a lo que aceptó con cierto agrado. Aún no entiendo que tan mala estaba, comenzaba a pensar que mi hermana y mi sobrino me estaban jugando una burla macabra solo para hacerme venir.

La estaba sentando cuando escuché que tocaron la puerta, al poco rato, hicieron entrar a una hermosa mujer. Era mi madrina de bautizo. Mi dulce madrina y madre juntas. ¡Vaya pareja! Mi madrina después de colgarse de mi cuello -pues ya se estaba quedando bajita- me saludó con tanto gusto que cambió mi ánimo. Preguntó por madre y pasó con la confianza de un familiar que se sabe el camino. Le tomó de la mano saludándola y dándole un beso, como si madre estuviera sana como siempre, y con mucha calma, se fue sentar al cómodo sillón que yo ocupaba con anterioridad.

Le ofrecí de tomar, ella al negarse, me salí un rato de la habitación a respirar. No sabía si comenzarían a platicar como solían hacerlo por mucho tiempo, ellas como comadres y mi papá y mi padrino como compadres, eran inseparables. Mi papá y mi padrino unos galanes, pillines irremediables y mamá y mi madrina las eternas confidentes, toda la vida se hablaron de usted con mucho respeto.

Una gran tormenta se avecinaba y amenazaba con nubes negras a punto de reventar, tomé un paraguas y le dije a mi madrina que si la llevaba a su casa que solo estaba casi frente, pero mi madrina respondió que no. Entonces comenzó a llover con tal intensidad que solo los rayos alumbraban la tupida lluvia, en ese momento se fue la luz. Mi madrina no se movía del sillón. La luz se iba y venía al sonido de los rayos.

Me asomé y vi a mi madrina en su eterna plática con madre, pero en absoluto silencio, de un silencio cómplice que todo se saben entre las dos, donde no hay nada que decir y se dice mucho, o quizás los rayos del aguacero tapaban las palabras y yo no escuchaba.

La borrasca pasó, y mi madrina se fue. La acompañé a su casa tapándole las pocas gotas de lluvia que quedaban. De regreso cerré el paraguas y me permití gozar de las últimas gotas de lo que había sido una tupida tromba. Lo gocé tanto que tal pareciera que el agua me purificara todos mis malos pensamientos, de la tos ya ni me acordaba, me sentí tan viva, que me olvidé de la muerte.

Al llegar a casa, estaba más ligera, pues me hacía falta despejar mi mente un poco, tan solo de pensar que pasaría la noche con madre me aterraba, tal vez metafóricamente hablando, era La Noche Oscura del Alma que tanto hablara San Juan de la Cruz (4). – que narra el encuentro con nuestras sombras para librar nuestra alma de la oscuridad y llegar a la Luz de Dios. Trabajo que no resulta ser fácil, porque hay que pasar por un camino oscuro y tenebroso, donde encontramos nuestras propias malas experiencias no resueltas convertidas en sombras, es un camino pesadoso y con mucho dolor. Esta senda, tiene como recompensa llegar a la comunión con Dios para vivir por la eternidad en su Luz, pero, mucha gente opta por el camino fácil de quedarse en el confort de lo que ha sido su vida llena de victimismo. Yo ya no podía dar marcha atrás, mi destino, ya estaba echado a la suerte, la moneda estaba suspendida en el aire. Confieso que tenía mucho miedo, porque estaba acostumbrada a vivir entre las sombras que yo misma fabriqué, pero como lo dejó dicho Nelson Mandela, “Tenemos más miedo a la Luz que a nuestras oscuridad”, porque yo ya estaba acostumbrada a vivir en ella, así se había forjado mi historia, y fuera de eso ¿quién era yo?

Mi hermana y mi hija se estaban preparando para dormirse, ambas estaban felices por compartir la cama, yo les di las buenas noches a mis dos niñas y me fui a cuidar a mi niña mayor.

Le di un repaso de lo que tenía que hacerle a madre antes de apagar la luz, así que me dispuse a hacer un check in:

- 1) Medicinas: Listo. Su dosis correcta, ni más, ni menos.
- 2) Presión: Listo. Estaba como una quinceañera. Lozana como una rosa recién cortada.
- 3) Acomodar las almohadas: Listo. Alrededor de su cuerpo para que no le salieran llagas.
- 4) Acostarla: Listo, lo más dulce que pude, pues tengo fama de ruda.
- 5) La última pastilla debajo de la lengua cuidando que no se ahogara (mejor la disuelvo y se la doy con un gotero)...Listo.

Ahí me di cuenta que ya le costaba trabajo pasar la comida. Hice un gesto de preocupación, pero a la vez de aceptación, me sentí como la enfermera perfecta, después de todo, creí que no estaría tan mal. El simple hecho de enfrentar la realidad y nuestros miedos, estos se desvanecen en automático y comienzan a sanar permitiendo la entrada a la Luz. Ahora mi enemigo invisible estaba sucumbiendo, ya le había dado nombre y forma a mis miedos y demonios que llevaba dentro, me estaba preparando para la gran batalla. Ya madre no era solo una señora, ya comenzaba a ser mi madre.

### Capítulo 3:- Perdón, lo Siento, Te Amo, Gracias

Quería leer un poco, trate varios libros, pero me di cuenta que leía pero no retenía nada. No me decidía a apagar la luz. No quería que la muerte sorprendiera a mamá en la oscuridad, pero a esas alturas, ya era más consciente de mi pensar y de mi actuar. No era que “La muerte sorprendiera a mamá en la oscuridad”, era mi propio miedo de ver la muerte, de enfrentarme en mi propia oscuridad, pues madre estaba haciendo su trámite final y lucía totalmente entera. Tampoco, quería ver el Cristo crucificado en la penumbra que tanto me exasperaba, así que con decisión me levanté, me subí a la cama y con determinación lo descolgué. Mamá entreabrió los ojos y creo que me dijo.

–“Gracias”.- Tal vez, esa imagen también le pesaba, pensé que me regañaría por quitarle su santo, -como cuando lo hiciera su hijo mayor en el tiempo que se volvió cristiano y pastor de ovejas descarriadas, que fue con ella a tirarle todos sus santos a la basura y yo me embronqué con él, defendiendo a mi madre como una niña indefensa al verla llorar porque sus santos serían tirados a la basura. Reté con tanto odio al “pastor”, que decidió irse, luego madre me reclamó que ya no quería regresar a la casa por mi culpa-.

Consideré que ya estaba lista para apagar la luz, a mis miedos los hice a un lado y no les di poder de invadirme. Posiblemente en la oscuridad y en las sombras, nos pudiéramos encontrar cara a cara y porqué no hasta charlar, quién quita y al final lograríamos ser amigos, y así lo hice. Me quedé meditando un buen rato, hasta que empecé a dormir. El reloj de madre me estaba taladrando la cabeza. El paso del tiempo no cesaba y recordé cuando en la casa de los abuelos sonaba en su radio de transistores la canción: - Reloj, no

marques las horas, porque voy a enloquecer, ella se irá para siempre, cuando amanezca otra vez.- Esa canción se me hacía muy romántica cuando era adolescente. -Soñaba que alguien me llevaba serenata y me la cantaba al oído -. En aquel tiempo, estaba enamorada del amor, solo que en ese momento, lo que tenía, era un inmenso miedo de enfrentar la noche a solas con madre, y que al amanecer en verdad ella ya se hubiera ido a su eterno sueño acabándose su aliento de vida. Estaba muy confundida, aún no era consciente, que el final lo podía construir yo misma.

El sonido me resultaba tan castrante, que decidí quitarme esa molestia. De un solo impulso, me paré del sillón invadiéndome todo tipo de pensamientos, a veces lo que más quería era que todo terminara ya de tajo, de momentos, sentía que mi corazón estaba repleto de esperanzas, y que madre y yo seríamos inseparables.

Mi mente aterrizó, cuando tropecé de camino al sillón, y vi, muchas cosas ocupando el cuarto que para mí eran innecesarias, madre se había encerrado en esa habitación con sus recuerdos, yo creo que por eso no se podía ir. Sentí mucha pesadez, pero a la vez fui consciente que me podía ir, o que me podía quedar. Bien, escogí quedarme, pero también si había decidido quedarme, podía estar bien o podía estar mal haciendo de mi estadía más pesada, entonces decidí estar bien.

Nada ni nadie me obligaba a estar ahí. Lo que quería de madre ya lo había tenido en la mañana con mi hija, pero hoy yo DECIDIA quedarme con ella un poco más. Lo que no pude quitarme de encima, fue el Cronos (6), el tiempo que marcaban recalcitrantes las manecillas del reloj, así que reanudé mi paso y me volví a trepar para deshacerme de aquel marcador del tiempo que tanto me pesaba. Esta vez escogí un banquito para no subirme a la cama, y

arranqué el reloj con enfado, todavía era de esos relojes de maquinaria con engranes, enseguida reconocí que en algún momento marcaría las horas en la casa de los abuelos. Para entonces, el tiempo no importaba y apreciaba el tic tac armónico, solo que ahora, cuarenta años después, cada segundo, cada instante, cada respiro, el tiempo contaba.

Para cerciorarme que el sonido del reloj no me volvería a molestar, bajé hasta el final del pasillo del gran patio y lo dejé en la vieja bodega.

Mientras le daba la espalda, vino a mi mente que ya hacía mucho tiempo, ya no les decía abuelitos, a mis viejitos, simplemente abuelos, para madre era muy atrevido y falta de respeto llamarles abuelos, así que no nos era permitido, sobre todo a la abuelita que era tan finita y bajita, yo a los ocho años, ya la rebasaba, -bueno cualquiera la rebasaba-, con aquellas enagüitas, orejas pequeñas, manos de muñeca y unos piecitos tan ligeros que parecían que en vez de caminar volaba. Nunca le vi el cabello suelto, y al parecer estaba largo porque su chongo alcanzaba varias vueltas, por eso era la abuelita.

A madre le revolcaba que le dijeran abuela, sin embargo, solo a mi hija se lo permitió, porque si sus nietos mayores le hubieran dicho así, les hubiera dado un par de cachetadas y luego les hubiera dado una patada para aventarlos a la calle y prohibirles la entrada. Cuando mi hija le dijo abuela, yo me cimbré y le aclaré con ojos más abiertos que de costumbre por la sorpresa.- Yo no le dije que te dijera.- Ella con tranquilidad desconocida contestó.- No, abuela está bien, porque abuelita se me hace muy viejita y yo me siento joven todavía, así que abuela quiero que me diga.- Todos los presentes quedamos en silencio confuso con expresión asombrada, tal vez mamá estaba doblegándose por la edad, y dejando entrar algo extraño en ella llamado ternura.

Con un respiro, evoqué aquellos recuerdos con mucha nostalgia. Antes de volver a entrar, me quedé en el balcón, creo que un largo rato. Quería respirar tanto aire como pudiera por si me asfixiaba adentro.

Miré las casas de alrededor, me acordé de cada uno de los vecinos. Muchos de ellos, eran contemporáneos de mis padres. La mayoría también habían partido al camino eterno. Ahora, en esas casas, ya vivirán los nietos o nuevos vecinos que ya ni conozco.

Aquella casa color café, era la de las bonitas como les decía mamá a unas chicas foráneas rubias de ojos verdes o azules que parecían muñequitas.

Cómo me hubiera gustado que un día madre me hubiera dicho que yo era bonita, a cambio de eso, en casa era yo la fea, la gorda, la inútil, con la que nadie se iba a casar por fea, -esto duró, hasta que un día, le pedí prestado sus ojos a Dios para verme en el espejo, y mi gran sorpresa fue ver un espléndido ser de Luz que me iluminaba reflejándome a mí misma, desde entonces amo lo que veo en mí, pues Soy más de lo que refleja el espejo-.

El padre de las chicas bonitas, usaba un sombrero tipo Boston de ala ancha, y a los de la colonia se nos hacía raro, pero al señor le daba más atractivo y creo que eso le gustaba, porque paseaba orgulloso y varonil por la calle. Era el típico macho ranchero, como salido de las películas de Jorge Negrete. Cuando pasaba, todas cuchicheaban alborotadas y sin disimulo, madre se tenía que aguantar aquel desajuste de hormonas mientras despachaba en su restaurante. Tenía que hacer cara de amabilidad para no perder a la clientela que muy bien le consumían, o tal vez, también le gustaba, pero se lo reprimía, siempre su apariencia fue de ser muy propia.

Esa otra casa, sigue igual de rosada, ahí vivían los dueños de los tráileres, que solían venderle a mamá mercancías como mayonesas, mermeladas, sopas y otros productos a muy buen precio, solo que salieron de pleito con madre porque le llegó el rumor que era mercancía que no entregaban a su destino.

Justo la casa de enfrente, siempre había bullicio, tenían, una bola de perros y una vez me regalaron uno que fue mi única mascota, pues no soporté su muerte. Ahora lucía apacible con todas las luces apagadas y se respiraba tranquilidad. Era la casa de mis grandes vecinas, mis casi hermanas, mis eternas amigas de la infancia que también corrieron al norte en busca del sueño americano. Desde mi cuarto, se veía a su patio, y nos hacíamos señas, para vernos en la esquina de la calle y darnos a la fuga a la otra colonia a ver a los muchachos pasar y enamorarnos de ellos. Una de ellas ya hasta abuela es, por ironía, es la más joven de todas.

En la esquina, vivían los señores Toñitos, porque era Toñita y Toñito, eran los carniceros que cada viernes se escuchaba el grito de los animales y luego inundaban de olor a carnitas frescas toda la colonia. Don Toñito, le vendía la manteca fresca y carne a mamá para sus guisos, y Toñita era la encargada de rezar los rosarios en toda la colonia cuando se le solicitaba, y ella acudía con mucha devoción, también, era la encargada de darnos la doctrina y prepararnos para nuestra primera comunión.

En la última casa, vivían otros compadres de mis papás. Los señores era bien pachangueros y tuvieron una bola de hijos como antes se acostumbraba. La hermana de la señora, un 30 de abril, nos llevó a toda la bola de chamacos al cine, como fui la única niña, puso especial cuidado en tratarme y me compró una bolsa de lunetas que los demás me arrebataron, fue la única vez que recuerdo haber festejado el día del niño.

El señor también este año emprendió el regreso a la casa de Dios y la señora se quedó desolada. –Por cierto a su ahijado de papá fue quien pasó la última noche con él en el hospital. Él amigo como le llamamos cariñosamente, ocupa un lugar muy especial en mi corazón y un agradecimiento que nunca olvidaré, mejor él que los hijos-.

A lo lejos se alcanzaba a ver un foco encendido que apenas parpadeaba, donde había sido un establo. Ahí madre compraba leche fresca recién ordeñada, pero terminaron por correrlos porque hacían muchas moscas y la colonia se llenaba de olor a estiércol de vaca. En su lugar, y alrededor se abrieron algunas fábricas dando trabajo a los demás colonos y el éxito de madre al abrir su restaurante. Una de las cosas que me hacía regresar a casa, eran las tortas de nata, pues madre compraba hasta 20 litros de leche y juntaba rebosantes recipientes de deliciosa nata. Un día me llegue a comer a escondidas tres tortas de nata, lo recuerdo y se me hace agua la boca y me las volvería a comer.

Mi hermana yo creo no dormía o la desperté, en la oscuridad me dijo si estaba bien: Yo le grite con enfado, pues me había desconcentrado de mis recuerdos.

-¡Ya duérmete! Primero te quejas que nadie te ayuda y cuando tienes la oportunidad de descansar no la aprovechas.- Pero así es mi hermana, se preocupa por todos, siempre en su papel de hermana mayor, soportando la carga de ver por todos y darnos un buen ejemplo, endosándole responsabilidades que no le correspondían, y si algo no pasaba como madre quería, se la zumbaban a guamazos, a ella si le tocaron todos los golpes.

Seguí llenándome de recuerdos, aun en la oscuridad se veía la sombra de la primaria donde fui. Había un niño, cuyo nombre no recuerdo, ni su rostro tampoco, ahora creo que era un fantasma, pero uno muy hambriento, porque llevaba su torta de plátano, y a mí me daba por

llorar al ver su torta, no sé que sentía, simplemente se la quitaba y la tiraba a la basura, a cambio le llevaba una de milanesa doble con queso que se hacían en el restaurante de mamá, él se la comía de tres mordidas. Cuando salíamos a descanso, nos escapábamos al piso de arriba y desde ahí se miraban los volcanes, me quedaba hechizada viéndoles y mi mente volaba a la historia de los aztecas que nos contara el abuelo y ejemplificaba con un calendario que adornaba su pared. El año.... ya no lo recuerdo. Ahora con tanta polución, se borraron del paisaje.

A veces solo desde ahí miraba la calle como una prisión domiciliaria. Madre nunca me dejaba salir a la calle, así que si apenas asomaba la nariz al zaguán, para mí era todo un reto y triunfo que gozaba al máximo, me sentía como las libélulas que le quitaban las alas. La verdad peligraba más dentro de la casa que afuera.

Regresé con calma con madre. Aún seguía respirando, así que me regresé al sillón. Ya pasaba de media noche, yo estaba dormitando, cuando la voz de mi madre me despertó.

-Nena, nena.- Nunca me había llamado así. Ella ya no podía sentarse por sí sola, parecía una vela recién hecha que temblaba de un lado a otro, pero cuál sería mi sorpresa que cuando abrí los ojos, estaba totalmente sentada como toda una doña que fue en su vida. Juro por Dios como testigo que estaba firmemente sentada con toda su fortaleza, me extendió los brazos y no, no fue un sueño, eso sí lo puedo asegurar.

Madre me dijo dejando escapar un respiro:

- Estaba soñando que una niña venía y me abrazaba, abrí los ojos y eras tú -. Entonces ¿dónde está todo lo enferma que mi hermana aseguraba? NO, NO y NO. No fue un sueño, sé que he tenido algunas visiones, sobre todo de lo que me hubiera gustado vivir y experimentar,

pero esto fue real porque duró toda la noche, las penumbras de la oscuridad se habían ido a reposar, finalmente me habían dejado.

Ese era mi momento, la oportunidad que tanto ansiaba, sabía que no podía desaprovechar ese instante, ese tiempo mágico que marcará para siempre el resto de mi vida. Estando en su pecho, escuché los latidos de su corazón más fuerte que nunca, me aferre a sus brazos, traté de enderezarme, pero su fuerza no me dejó. Me hice consciente de mi respiración y le dije.

- Madre. Por favor quiero agradecerte por haber sido mi gran maestra.- En ese momento, madre se sacudió, movió la cabeza de un lado al otro como forzándose a escuchar, mientras yo seguía.

- Gracias, gracias, gracias por ser mi vehículo para esta vida, gracias por dejarme ser tu hija-. Y seguí diciendo sin prisas para asegurar que me escucharía.

- Siento mucho haberte dañado si alguna vez lo hice, te juro que fue sin querer, solo trataba de llamar tu atención, pues estaba muy dolida. Perdóname por todo lo malo que te hice y te dije, perdóname por no saber agradecerte, perdóname por no ser la hija que hubieras querido, perdóname por no saber amarte, perdóname por ser tan hocicona, grosera y cabezona contigo-....

Su corazón latía más rápido, pero pareció paralizarse cuando le dije.

—Si quieres que yo te perdone en algo, en este momento lo hago de corazón, y Te Amo, te amo y te amo por ser simplemente lo que eres y gracias a ti, soy la mujer que soy. Gracias por existir y por haberme dejado existir a través de ti —.

Hay abismos de diferencia entre palabras lacerantes, y palabras de amor que salen del corazón, estas cambian todo una existencia. La Luz, había ganado mi batalla. Las sombras se habían desvanecido en el infinito de Dios.

Madre se dejó caer con tanta ligereza en las almohadas, que parecía un bebé. Así pasó el resto de la madrugada, y así nos sorprendieron los primeros rayos del día. Vuelvo a jurar que no lo soñé, porque amanecí abrazada con ella en la cama. Al estar en su pecho, me percaté que su corazón aún latía, aunque débil, noté un cierto golpeteo armónico, yo me imaginaba que me estaba diciendo muy lentamente. ¡Te quiero, te quiero!...Es lo que siempre quise escuchar de sus labios.

Me hubiera gustado que mi hermana nos hubiera visto para constatar que fue real, solo que seguramente por tantos días de cansancio se despertó después, llegó cuando yo le estaba dando sus primeras medicinas de la mañana.

Mis pasos eran mucho más ligeros, esa pesadez con la que llegué, era apenas un mal recuerdo.

Me dormí como un recién nacido un rato durante el día, aprovechando que mi sobrina había llegado. Le encargué el cuidado de madre, y me fui con mi hermana a donde mis padres se conocieron. ¡Ese lugar tan lleno de recuerdos! Todavía, existe una banquita donde ellos – “echaban novio”- como decían. En ese momento, estaba ocupada, pero conforme nos acercamos, esta se desocupó y nos sentamos por un largo rato, como queriendo contactar aquellos años de nostalgia. Todo parecía como si el tiempo se hubiera detenido, era como estar viendo una fotografía en sepia.

Después, mi hermana, mi hija y yo, nos sentamos en la fuente que adorna el centro, mientras disfrutábamos de un artista que tocaba las canciones de Cri Cri. Otros visitaban la exposición de la familia Burrón al costado de la iglesia mayor, cuentos que de niña, se leían en casa, constituyendo la única lectura.

Sin querer, mi memoria se fue a aquellos años ya tan lejanos de mi infancia, una niñez muy dolida, pero ahora mi niña estaba feliz, y mi hija me compensó compartiéndome de su paleta de grosella y luego mojándome en la fuente, travesura que nunca me permitieron hacer.

Esa noche, pensé que repetiría la misma escena con mamá. Entramos a la iglesia y nos quedamos a misa. Estaba tan ilusionada que tan pronto acabó la ceremonia me quise regresar a casa. Llegué tan llena de júbilo que me hincé a darle gracias a Dios por lo que había vivido la noche anterior con mi madre. Como me hubiera gustado que el reloj no hubiera marcado las horas, que esos instantes hubieran sido eternos, pero me lo llevo en la infinitud de mi mente. Estoy segura que cuando me muera, me lo llevaré como experiencia a mis otros mundos de conciencia.

Mi sobrina nos comentó que no había novedades, solo que se despertó diciendo: - La niña. ¿Dónde está la niña? Primero la niña.- Mi sobrina parecía desconcertada, yo supuse muchas cosas en mi cabeza, pero ya no quise tallarle a lo que ya estaba aparentemente pulido, solo quería disfrutar mi momento con ella, robar cada segundo al tiempo lo más que pudiera.

Mi sobrina se fue y mi hermana salió con mi hija a hacer las compras para el otro día. Miré el reloj y eran justo las cinco de la tarde como lo dijera el Maestro García Lorca en su poema de las 5:00 de la tarde (7), haciendo referencia al verso, me alegré que afortunadamente todavía no había ataúdes con ruedas, ni sábanas blancas para cubrir el cuerpo - como lo dice en sus

párrafos.-. “Las heridas... las heridas ya no quemaban se estaban curando y eran las 5:00 de la tarde”.

Volví con mi viejo amigo, mi antiguo librero. Tomé una Biblia que seguramente papá habría reemplazado al regalarme la que le pertenecía a los abuelos. Comencé a hojearla, enseguida llegó a mí memoria, aquellos domingos por la tarde. Por lo regular, a las 5:00, era cuando todos primos, tíos, sobrinos, nueras y demás familia, dejábamos de girar alrededor de los abuelos paternos.

La cita era puntual al medio día en misa de la parroquia correspondiente a la colonia, después, nos íbamos a la casa de los abuelos a saborear los guisos de madre, no sin antes dar gracias por los sagrados alimentos, donde mi abuelo, ese gran patriarca dirigía la oración de bendición. Hacía mucho que no sentía los abrazos de mi abuelo, él al abrazarle, su corazón latía tan fuerte que decía a borbotones Te Amo, Te Amo, y mientras más amor daba, más amor recibía, con él aprendí que el amor es infinito e incondicional, no te juzga, no duele y no daña, por el contrario, repara a las almas dolidas, por eso él era el gran patriara, por tener el corazón más grande que contenía todos los corazones de la familia.

Ese Dios de mi abuelo y de mi padre, ya casi lo tenía olvidado, pero volvió a surgir la llama que tenía guardado muy en el fondo de mi corazón y ahora lo estaba reencontrando, mi abuelo venía a mi rescate.

## Capítulo 4.- Los Domingos por la Tarde.

Alguna vez escuché en un documental, que los índices de suicidios, se incrementan los domingos por la tarde, pues algunas personas, no soportan su propia compañía, es decir les pesa infinitamente su soledad, y al considerarse un día familiar, ya no encuentran un motivo para estar vivos, la vida ya nada vale como dijera una canción ranchera. No resisten la simple idea de estar solos, así que optan por el camino de la no existencia.

Yo sin embargo, recuerdo con todo mi corazón aquellos domingos por la tarde. Madre era la reina de la cocina, sin embargo yo al estar acostumbrada a los guisos, pensaba que todo mundo cocinaba tan rico como ella, pero veía a mi familia cómo disfrutaban con todos sus sentidos los guisos de mamá.

Después de la comida, las tías y las primas se iban a dejarle todo limpio y en su lugar a la abuela en la cocina. Los niños, ayudábamos a recoger la mesa. Los jóvenes, se iban a echar relajo, su principal hobby era ridiculizarse entre ellos mismos. Luego, el abuelo me sentaba en el palco principal que eran sus piernas, y nos contaba todas esas bellas historias principalmente Bíblicas.

De los relatos que más conservó muy vívido, es el de los dos ángeles que habitaban dentro del corazón de cada uno de nosotros. Uno de luz y otro de sombra y que en todo momento estaban en pugna por ganar nuestra conciencia. Yo le pregunté.- Abuelito y ¿quién gana? Él nos dijo que a quien alimentáramos más. Muchos años después escuché ese relato que lo tenía guardado en un lugar muy secreto de mi mente.

Ahora mismo, estaba alimentando a mi Ángel de Luz. Le había permitido entrar a mi vida y este me iluminaba con Luz apacible y armónica, como notas musicales celestiales que viajaban en el aire, cerré mis ojos y vibré con ellas.

Mis historias favoritas, eran David y Goliat, de cómo el pequeño vencía a los gigantes con la ayuda de Dios. Esta historia, sin ser consciente, se reflejaba a mi lucha infantil, yo como pequeña luchando con los gigantes, pero en ese entonces Dios no aparecía por ningún lado. Me encantaba escuchar a Jonás y la ballena, quien no quería obedecer su destino y el increíble suceso de haber sido ingerido por el gran pez y luego haberlo depositado justamente donde Dios lo había mandado, así opera Dios, nadie sabe sus designios, y por supuesto mi súper preferida, la vida del Gran Maestro Jesús de Nazareth.

A decir verdad, me identificaba con esos personajes, especialmente con el gran pequeño David, porque así me tuve que defender de los gigantes después de que mi abuelo no estuviera conmigo.

Uno de tantos domingos por la tarde, mi abuelo nos dijo que de todos los nietos, yo era quien más luz tenía. No sé qué luz me habrá visto el abuelo, cómo me gustaría encontrarla, porque me acostumbré tanto a mi oscuridad, que lo único que conocí desde niña, fueron esas sombras danzantes en la oscuridad fundiendo mi existencia.

Una de las últimas veces que le vi, me abrazó y me dijo, que amara cada uno de los libros, porque eran los mejores Maestros que pudiera tener, y poco a poco, fui haciendo fuga hormiga, porque desde entonces cada vez salía de la casa de los abuelos, lo hacía con un libro en las manos que él me regalaba. Después, mi abuela me dejó el resto de los libros, diciéndome que a mi abuelo le hubiera gustado que yo los tuviera, así fue como me hice de

mis primeros amigos y maestros, pero en especial a quien más quiero, es mi Biblia, pues hay libros que forman, pero esa transforma cuando se le permite.

Una evocación de mi abuelo me llegó: -“Si volteas a ver algo o alguien y le pones verdadera atención, esto empieza a vibrar, y si comienzas por entablar un diálogo, eso a quien tú te diriges, te responde, y te hablara como un verdadero amigo, como si fuera Dios mismo. A lo que le pones atención, existe-. Entonces comencé a vibrar y a dialogar con seres de Luz para que acompañaran a mamá y no se perdiera en la oscuridad de sus recuerdos.

Llego la noche, y mi ilusión se acrecentaba al imaginar volver a repetir la escena del amanecer. Mi hermana y mi hija estaban merendando y preparándose para dormir, me senté en el sillón, apagué la luz, y con todo mi corazón, esperé a que mamá despertara y me llamara, que bueno que me senté, porque mamá durmió como una bendita, y no despertó hasta el otro día.

Empezaba a imaginar que lo vivido la noche del sábado había sido solo una ilusión, pero decidí quedarme con aquella bendita experiencia, aunque confieso que estaba un tanto molesta, es más muy enojada, tanto que le dije a mi hermana:

- Me voy porque mi hija regresa a su curso.- Total, ya había cumplido con mi acometido y me iba con cierta felicidad y satisfacción. Ella me volvió a pedir que no me fuera. Dentro de mí tampoco me quería ir, lo que más me hacía quedarme, era la esperanza de volver a abrazar a mi madre.

- Está bien.- Le dije a mi hermana.- Pero si me quedo voy a tirar todo lo que estorba en ese cuarto-.

-Perfecto-. Dijo mi hermana. – Desde cuando lo quería hacer, solo que no me atreví a sacar las cosas de mamá, y sé que tú no te tocas el corazón cuando se trata de tirar lo que ya no sirve.

-Pues manos a la obra-. Contesté. Mandé traer diez costales, y desde la mañana hasta como a las 2:00 de la tarde, no paré y comencé a tirar cuanto cosa se ponía en mi camino.

Los diez costales, no fueron suficientes, me encontré desde ropones de bautizo de los hijos de madre, ropa de la primaria, corbatas viejas, ropa de ella que en su momento era elegante y si la usáramos hoy en día nos veríamos ridículas y pasadas de moda. Faldas mías de bailables del 10 de mayo de la primaria, que nunca fue a verme, recuerdos de todas las fiestas de boda, bautizos, primeras comuniones, un radio de transistores y nuestro primer televisor de bulbos, donde me gustaba ver el gato Félix favorito de mi padre y mío. Encontré hasta lo que no podía imaginarme, un exprimidor de limones con un limón todo seco adentro, y una pistola.

Ésta última, seguro mamá en sus mejores tiempos, si la hubiera usado, no sé si alguna vez la habrá ocupado contra alguien. No me cabía ninguna duda. Mis sobrinos se hicieron de muchas cosas, así como sacaba, así se las metían a sus casas. El camión de la basura ya no quiso aceptar los costales, por más que le diéramos una buena propina. La pistola después me arrepentí de haberla tirado. Mi hermoso esposo me dijo que mejor la hubiera enterrado, que tal si alguien las usaba para malos propósitos, espero de todo corazón que no sea el caso.

En todo el acarreo de tiliches madre nunca se despertó, yo pensé que me recriminaría por lo menos con la mirada por disponer de sus pertenencias, sobre todo de lo que tanto apreciaba, pero no fue así.

Cuando triunfalmente subía las escaleras para disponerme a comer los insípidos guisos de mi hermana, esta solo me dejó lavar las manos y me dijo con la cara en llanto que ocultaba mientras freía arroz para mi hija.- Ve a ver a mamá, creo que se está yendo.- Con las manos escurriendo en agua, salí de la cocina con decisión, y me dirigí a mi antigua habitación con paso rápido y firme. Mi cuñada y su hijo, trataban de animarla, pues la respiración le estaba faltando.

- ¡Tranquilos! - Les dije.

-¡Déjenla ir en paz! - Ellos se apartaron, pero no dejaban de gritarle, cada vez más desesperados, yo simplemente la tomé de la mano, y la acompañé a irse. Le puse las dos manos para contactar ese momento decisivo para ella y ayudarla a partir para que no sintiera miedo. Los seres de Luz estaban presentes. En eso entró mi hermana al escuchar el griterío.

Mi madre solo alcanzó a estirar la mano y se enganchó al cuello de mi hermana, ella con ansia, desesperación, hasta con rabia, trataba de zafarse de su brazo, y solo se calmó cuando le dije.

- Hermana te está abrazando.-

Mi hermana cerró los ojos y comenzó a llorar, y madre dejó caer su peso en ella. Yo le cogí la otra mano, mientras la despedía en silencio, solo repetía en mis adentros: Perdón, Lo Siento, Te Amo, Gracias, gracias, gracias. Mi sobrino pequeño, no dejaba de gritar.

- ¡Abuelita, abuelita, no te vayas, yo te cuido!- pero madre ya no escuchaba.

Yo la vi. Vi cómo se apagó su mirada enfocada hacia ninguna parte, como encaminándose al infinito, encontrando su propia luz, solo fijó sus ojos ubicando su camino de regreso a casa como lo expresara mi abuelo años antes, es decir al cielo, a la casa de Dios de donde venimos todos y algún día regresaremos en espíritus de Luz.

Luego, su alma saltó, lo sé porque vi cómo una parte de ella se elevó y de pronto se dejó caer suavemente. El hilo que la sostenía en esta vida, había sido cortado, su último respiro marcaba su paso final en esta vida.

Es impresionante la experiencia de presenciar cómo se va la vida de alguien, y más de una persona tan cercana y a la vez tan lejana a quien se supone fue mi madre.

## Capítulo 5. El Misterioso Silencio de la Libélula Azul.

En esto de la muerte, hay algo, o quizá demasiado de divino, mucho de humano y hasta misterioso y enigmático. Yo al ver la pérdida, si sentí tristeza, pero en ese momento, fue como si madre me hubiera contagiado, o poseído con su fortaleza. Abracé a mi pequeño sobrino para sostenerlo, mi cuñada le gritaba que se calmara, y él no dejaba de temblar, yo sabía que lo mejor que él podía hacer era temblar siempre y cuando estuviera controlado, fue cuando volteé y vi la carita de mi hija con mucha confusión, supuse que en su inocencia, no sabía lo que pasaba.

Dejé a mi sobrino con su mamá, y yo me dirigí con mi hija. La abracé, la cargué, y estaba pensando cómo decirle que su abuela se había muerto, pero como mi gran maestra que es, me dijo.

- ¿La abuela ya se fue al cielo con mi abuelo mami?-

-Si amor, ya están juntos en el cielo, van a bailar de felicidad-. Y así bailando juntos, es como muchas personas los recuerdan, ambos así se conocieron y seguro ya estaban disfrutando su encuentro con su canción favorita en otro lugar mejor.

Mientras abrazaba a mi hija, cerré los ojos, me los imaginaba bailando su canción como ellos mismos lo decían de Beny More: “Cómo fue no se decirte como fue, no sé explicarme que pasó, pero de ti me enamoreeeé”....Así los recordaba de niña, después no se qué pasó pero el amor se les acabó. Estaban por brotarme las lágrimas de los ojos, cuando de pronto el disco se estropeó al escuchar a mi hermana interrumpiendo mi pensamiento.

- Nena hay que arreglar todo.- Escuché su voz haciéndome reaccionar, pues apenas asimilaba lo acontecido. Miré a mí alrededor, y nadie tenía cara de enfrentar los trámites. Dejé a mi hija con una sobrina y comencé a hacer todo lo que conlleva. Hablar al doctor para el certificado, llamar a la funeraria, etc. Para mi fortuna, desde la muerte de papá los documentos habían quedado a mi nombre, facilitándome el trámite. Mi familia comenzó a llamar a la demás familia, amigos queridos y conocidos para que nos acompañaran. Yo solo le hablé a mi comadre, pero estaba justo pasando aduana para hacer sus compras que es a lo que ella se dedica. Le dije que mejor me colgara para que no la amonestaran, luego le llamé a mi entrañable amiga de toda la vida, a quien estudiamos juntas en la secundaria y a nadie más, sabía que ella acudiría conmigo incondicionalmente.

Cuando fue el sepelio de mi papá, yo me encerré en mi misma, le dije a mi esposo que no dejara que nadie se me acercara, no quería hablar de nada, ni siquiera que me miraran, y menos que me tuvieran lástima por mi embarazo, solo me aferre a mi bebé en mi vientre. Previendo lo mismo, abracé a mi hija, me volví a aferrar a ella, dejando que el tiempo corriera. Ahora quería que este pasara más de prisa, pero todo se me hacía muy lento, como si las imágenes se congelaran. Todos hablaban y caminaban en cámara lenta. Seguramente, el engranaje del reloj olvidado en la vieja bodega, apenas se movía a cuenta gotas, como queriéndome castigar por haberlo dejado abandonado, quizás la cuerda ya se le había acabado y no estaba la abuelita para ponerlo a funcionar.

Para mi fortuna, mi sobrino mayor llegó. Me sentí acompañada y lo fui a interceptar al patio. Repentinamente, aparentemente de la nada, una enorme libélula de un intenso color azul metálico se posó en la pierna de mi sobrino. Era raro ver aquel ser tan hermoso, pues no era ni la fecha, ni el clima ni el lugar. Estuvo tan plácidamente en su pierna que a todos nos dio

tiempo de correr por las cámaras y sacar fotos, era increíble cómo se movía, parecía que le estaba transmitiendo un mensaje a mi sobrino moviéndose de forma inteligente como si diera por hecho que la entendíamos, parecía que no tenía el menor interés de irse.

Yo me quedé tranquila al ver sus alas extenderse y emprender el vuelo, pues entendí que no estaría muerta en vida. Pensé para mis adentros que era el alma de mi madre tratando de dejarnos su último mensaje antes de irse. Un a Paz infinita me corrió por todo el cuerpo, entendí que las cuentas con mi madre estaban ya saldadas. Ambas habíamos ganado la batalla. La luz estaba de nuestra parte.

El tiempo se movió ahora de forma rápida. La hermosa ilusión se desvaneció instantáneamente al avisarme que la carroza ya había llegado, así que salí a recibirla, no sin antes juntar a todos diciéndoles.

- Con mucha dignidad vamos a despedirla, no quiero lloriqueos ni dramas. Dignamente como lo fue siempre ella hasta el último momento-. Ahora lo escribo y me imagino a mí misma como Bernarda de Alba con mi dedo de advertencia viendo a cada uno a los ojos con mi gesto grotesco para asegurarme que obedecerían, sin importar lo que cada quien sentía.

Abrí el zaguán para que entrara la carroza, y evitar a los curiosos y morbosos. Los vecinos comenzaron a acercarse al ver el logotipo de la funeraria. Una vecinita de toda la vida, me pidió de favor que la dejara pasar a despedirse de madre, yo la dejé con gusto y fue la única a quien permití entrar ajena a la familia.

Al salir a la calle, los vecinos se abalanzaron hacia mi hermana, a mí apenas me hablaron, seguramente la cara de seriedad que tenía no les permitió acercarse. Cuando llegamos al panteón, nos asignaron el lugar para velarla. Yo enseguida me dirigí a terminar de hacer todos

trámites acompañada de mi hermoso sobrino, quien desde la muerte de mi padre, auto ocupó el lugar de hombre de la casa, peso muy grande que se echó encima, pero lo ha hecho de maravilla. Pasé por un espejo y me vi con tanta fortaleza que yo misma me sorprendí. Era la fortaleza que madre siempre tuvo, y yo no quería ser como ella, pero la mejor forma de no ser como ella, era siéndolo, así que decidí relajarme sin dejar de enfrentar lo inevitable.

A pesar de tener todo listo, nunca faltan gastos, que si el maquillaje, que las flores tales o cuales, que si un ataúd más fino con acabados en no sé qué, que si esto, que si lo otro. ¡Vaya morirse cuesta mucho!

Cuando se la llevaron para prepararla, les dije que me la pusieran guapa, y al regresármela, mi hermana, mi sobrino mayor y yo la fuimos a ver y ¡wuaw!, había quedado hermosa. Madre nunca fue de maquillaje, pero se veía preciosísima. Su expresión era de tanta tranquilidad, que hasta me contagié, fue cuando termine de relajarme. Mi sobrino hasta brincó sorprendido y solo dijo.

- Sí.- Mi hermana exclamó.

- ¡Qué bonita!-

Yo solo estiré la mano para firmar y autorizar su entrada a la sala sin dejar de admirarla. Lucía como toda una reina, lista para su gran entrada aun en ese momento. Antes de que se la llevaran, los detuve para verla más tiempo. La veía tan cercana, que quise tocarla, pero el cristal que protegía el ataúd me lo impidió, la volví a ver como aquel viejo holograma.

Era el mismo cristal que desde niña me impedía acercarme a ella, solo que ahora si me caía al suelo, ya nadie me cargaría, así que cargue a mi hija, para que se despidiera de su abuela, otra vez reencontrando a mi madre a través de mi hija.

Mi carga emocional, se hacía más ligera, entonces, recordé un extracto del viejo poema del Maestro Pablo Neruda (8), aunque la poesía nunca me ha gustado, me sé solo una parte y en un dialogo silencioso, comencé a contarle:

*Me gustas cuando callas porque estás como ausente*

*y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.*

*Parece que los ojos se te hubieran volado*

*y parece que un beso te cerrara la boca.*

*Me gustas cuando callas y estás como distante.*

*Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:*

*déjame que me calle con el **silencio** tuyo.*

*Déjame que te hable también con tú **silencio**.*

*Eres como la noche, callada y constelada.*

*Tu **silencio** es de estrella, tan lejano y sencillo.*

*Me gustas cuando **callas** porque estás como ausente.*

***Distante y dolorosa como si hubieras muerto....***

Lo hacía mentalmente, sabía que madre ya estaba inerte, pero tenía la certeza que en algún lugar me veía que se lo estaba contando, y ella me escuchaba.

Los primeros en llegar fueron mis padrinos. Era mi madrina que dos días antes había ido a visitarla. Se acercaron a verla y seguro también se admiraron de verle tan guapa, mi padrino y sus hijos se retiraron, quedándose solo mi madrina con ella, yo discretamente la miraba desde cierta distancia y veían cómo volvía a dialogar con ella en aquel silencio conmovedor.

Me preguntaba ¿Qué se dirán en silencio? ¿Qué cosas se habrán callado? ¿Qué sentirá mi madrina al verla así? Mi madre, ¿le responderá? Mi madrina callada, y mi madre sin vida. Después vi a mi madrina poner ambas manos sobre el ataúd. Noté como pasaba saliva y para disimular sus lágrimas acomodó las flores que le había llevado.

Luego, llegó mi querida amiga, y fue cuando pude soltar el llanto. Ella desde la secundaria era quien me consolaba todo el tiempo, cada tarde estaba metida en su casa llorando porque me había peleado con madre, ahora me acompañaba hasta este momento de su última despedida, esas son las buenas amistades, incondicional y llena de amor. Ella estuvo conmigo todo el tiempo a mi lado, incluso lloramos juntas y no hay nada mejor, que dos corazones que comparten sus pesares, haciendo la carga más ligera.

Pasó la noche, y mi amiga no dejaba de atenderme, me dio unas gotas de un jarabe de no sé qué para relajarme, y un buen de remedios naturales, pues sabe que las pastillas no me gustan. Me atendió tan bien que pude dormir parte de la noche, hasta la madrugada que me despertó mi sobrina para ir a la central de autobuses por otros sobrinos que llegarían de fuera, -mejor ellos que sus padres, pero ese era su problema-.

Llego otra vez la hora decisiva, -firmar para que se la llevaran-. Tome a mi hija de la mano, mis sobrinos me pasaban el teléfono para que sus papás, o sea mis hermanos me dijeran sus palabras de aliento.

Pensé que esos tipos no tenían vergüenza en llamarme, y así como me pasaban la llamada, les colgaba. Me daba pena con mis sobrinos, pero ellos saben que no me llevaba bien con sus padres. Uno de ellos comenzó a regañar a su hijo que estaba tan dolido, - era mi sobrino que viera a mamá en sus últimos momentos.- Yo le arrebaté el teléfono y lo mandé bien lejos, la gente alrededor, se me quedaba viendo, yo creo que veían a mi madre en mí, hasta se sorprendieron cuando uno de los cuñados de mi hermana llegó y yo simplemente con mi total entereza no lo dejé entrar, echándolo a la calle como perro delante de todos.

Al poner las lápidas, mi hija me preguntó qué porqué las ponían. Mi esposo que había llegado de madrugada para acompañarme, se me adelantó en la respuesta contestándole que para que la abuela no se saliera, y me reí de su comentario. Luego ambos reímos cuando le conté que me estaba imaginando que estaba sobre papá, y que menos lo dejaría salir, entonces, las lágrimas me empezaron a temblar, como si mi propio chiste hubiera desbloqueado mi llanto retenido por mucho tiempo, pero mis ojos solo estaban brillantes. Parecía la caricatura de Remy (9) que veíamos de niños, con una lagrimita que solo se anunciaba pero no salía, me acordé que no quería ser como madre, así que dejé salir mi llanto mientras mi amiga y mi esposo me contenían.

Silencio pesado, silencio de funeral, silencio apagado. Solo se escuchaban las últimas palas que azotaban pesarasas el suelo. Luego comenzaron a arreglar las flores formando una florería y no una tumba, por último ese silencio que impide que nadie se mueva, hasta que el primer valiente da el primer paso y los demás se animan a retirarse.

Parecía que nadie tenía prisa, pues al despedirse de mí, me comentaban con toda calma de la gran mujer que había sido mi madre, algunos me contaban un pequeño anécdota donde

ella siempre había ayudado, dado un consejo, abrazado, acompañado, de lo delicioso que guisaba, hasta uno de mis primos me dijo que con él había sido muy tierna, seguramente abrí los ojos más de lo debido porque se sorprendió de mi asombro.

Así nos quedamos solo la familia. Yo eché un vistazo para ver cómo estaba cada miembro del clan. Pasé lista mentalmente, vi caras tristes, alargadas, indiferentes, aparentemente estábamos todos, solo me faltaba uno de mis sobrinos que había llegado en la madrugada. Pregunté por él, y cuando lo encontré, estaba en cuclillas en la tumba de madre tomando un puño de tierra, como haciendo un vínculo con la tierra que había desaparecido a mi madre. Estaba como si quisiera tomarle de la mano despidiéndose de ella. Me dio mucha ternura a ver a mis niños hechos ya unos jóvenes y unos ya hasta padres.

Sin pensarlo, les dije que nos fuéramos todos a casa a comer, hasta entonces me acordé que no había comido desde un día antes, pero mi estómago nunca me lo recordó.

No había nada en casa, por el camino compramos pollos rostizados que en nada se parecía a las grandes comilonas que organizaba madre, pero si nos quitaron el apetito.

Durante los rosarios, asistió muchísima gente, parecía como cuando papá organizaban aquellos pachangones que se recordaban por semanas, donde no hacía falta invitación, todos entraban emocionados sabiendo que saborearían los guisos tan elaborados de días, y mi madre nunca defraudó aunque le tomaban semanas enteras prepararlos.

Cada tarde, dábamos de merendar como si madre estuviera, pues tantas fiestas que hubo en casa, y tantas personas que nos acompañaban en las buenas y en las malas, que así era nuestra mejor forma de agradecerles su compañía.

Al principio, me sentí mal porque yo no cooperaba como cuando fue lo de mi padre que movía los hilos a mí gusto, pero mis vecinos de toda la vida nos ayudaron como hermanos y se me borró cualquier sentimiento de incomodidad al ver su cariño expresado.

Pasaron los nueve días de rosarios y misas, luego fuimos a dejar la cruz al panteón, y es la última vez que me he ido a parar a ese lugar. No soporto pensar que están bajo ese montón de tierra.

Tardé un mes en regresar a mi casa, ya no quería irme, regresé solo porque el verano ya había acabado y mi hija iría de regreso a la escuela.

Antes de partir, regresé el viejo reloj a su lugar, pues el tiempo seguía su marcha. El viejo crucifijo lo dejé en el abandono, pues no quería seguir crucificándome, por fin había bajado de mi propia cruz.

Así se cerró el telón de los últimos días con mi madre, entre silencios, perdones, agradecimientos, encuentros y desencuentros, comidas, sabores, olores, amores, amistades, hermandad, familia y ella. Ella ahora con palabras acalladas, palabras que se las había llevado el viento...Con sus gritos silenciados...

## Capítulo 6 El Grito Silenciado.

Mi hermana se casó cuando yo tenía 6 años dejándome en la jaula de los gorilas, así aumentó la familia. Mi madre para seguir controlándola, le traspasó una tienda con tal de que estuviera ahí todos los días, y con ella vinieron sus tres cuñados.

Mi abuelo no pudo asistir a su boda, pues ya estaba muy enfermo. Mi hermana y yo, solíamos dormir juntas. Unos meses antes, mi madre nos había separado y yo dormía en un catre aparte. La primera noche sin mi hermana, pegué de brincos de felicidad, cuando mi madre me dijo que podía dormir en la cama. ¡Por fin, tenía una cama para mí sola! Después de no sentir la presencia de mi hermana, lloré toda la noche como presintiendo el fatal destino que me esperaba. Mi abuelo murió unos meses después, desde entonces, mi corazón vivía encogido pues estaba totalmente sola. Después atropellaron a mi única mascota que me regalaran mis amiguitas de enfrente, un perro salchicha llamado nerón. Todo el día era un suplicio por aguantar los regaños de mi madre y los insultos y burlas de los hermanos, solo estaba un rato tranquila hasta la noche que mi padre llegaba de trabajar, pero solo estaba conmigo un rato, mi madre me separaba de él diciéndome que lo dejara descansar y así me arrebatava su compañía.

Ahora, al hacer el recuento, me preguntó ¿Por qué tanta saña contra mi madre?

Sinceramente, no sé desde cuándo empezaría a grabarse el coraje contra ella. No sé si desde que estaba en su vientre y mi cuerpo guardó el sentir de su rechazo, estrés, miedos, donde solo era oscuridad y angustia. Posiblemente desde aquellas palabras lacerantes que me dijera que no quería tener hijos, y que yo había sido un error, quizás cuando me golpeaba sin piedad

ni razón aparente según yo. O porque me gritaba sin justificación escupiendo su frustración, o cuando tenía ocho años y le dije.

-Mamá, tus hijos, por las noches, van y se acuestan conmigo, me bajan los calzones, me aplastan con su cuerpo y no me dejan respirar, me meten algo que no sé qué sea entre mis piernas y mi colita. Me duele y no me gusta y se hacen como pipí encima de mí, luego me ponen a acariciar algo como una plastilina entre sus piernas, y ya no quiero que lo sigan haciendo, también los cuñados de mi hermana cuando me encierran en su tienda y me dan dulces para que no te diga nada-.

Recuerdo que se acababa de salir de bañar y estaba sentada en la orilla de la cama peinándose, tenía el cabello de atrás hacia adelante, lo que me impedía verle el rostro.-Yo creo por eso me animé a decírselo-. Dejó de hacerlo... De pronto brincó de la cama, y acercándose a mí de forma amenazadora, comenzó a golpearme con su enorme peine negro que usaba para desenredarse. Lo hizo con tanta saña, que mi piel aún me sigue ardiendo del dolor después de tantos años, pero en ese momento, no me dolía, yo solo me quedé parada, totalmente rígida y la retaba con la mirada, mientras más me pegaba, más la miraba retadora. Yo creo que se habrá espantado, porque sin más, dejó de golpearme y se regresó a sentar, mientras lo hacía, solo murmuraba.- Cría cuervos y te sacarán los ojos.- Después siguió peinándose como si nada hubiera. Cuando logré moverme, me dijo:

- Eres una chismosa, si le dices eso a tu padre, seguro los va a matar a todos y tú vas a tener la culpa que lo metan a la cárcel y lo maten-.

Yo lo que menos quería, era que mi papá estuviera en la cárcel mucho menos que lo mataran, pues era la única persona que me quería. Me llegó a la mente, cuando ellos veía películas del

Apando, el Expreso de Media Noche, Pepe el Toro, y otras más donde la temática era la cárcel que era sinónimo de penas, insultos, injusticias, hasta muerte, entonces... me quedé callada por 40 años.

Sin dejar de mirarla, me tragué mi silencio, pero a la vez comprendí, que ella tampoco diría ni haría nada. Mientras le lograba mirar una parte de sus ojos entre sus cabellos mojados, supe que ella también se quedaría en silencio, entonces hicimos un trato silencioso, ella tenía mi silencio, pero yo tenía el silencio de ella. Fue cuando me le revelé haciéndole la vida imposible, y por más golpes que me propinaba, más la hacía renegar, como queriéndola provocar para que gritara mi silencio. Fui, lo que ella siempre me reclamaba, hocicona, orejona, calenturienta, grosera y mala hija, aparte de fea, gorda e inútil.

Lo de inútil, no me iba tan mal, pues siempre se desgañitaba diciéndome: “Eres igual de inútil que tu padre”. Como mi cabeza no registraba ese significado y además mi padre era todo lo contrario de ella, es decir todo amor, dulzura, comprensión, etc, además él siempre me quiso mucho, yo me sentía orgullosa de tremendo piropo, y con toda mi inocencia, solo alzaba mi cuerpo con mucho orgullo, y cuando estaba con papá, nos juntábamos el par de inútiles y la pasábamos súper bomba, cosa que a ella le reventaba.

Ese momento, fue crucial para mí, porque supe, que nadie estaría junto conmigo para defenderme, por lo que sabía que lo tendría que afrontar sola.

Un día en la primaria, estaba escribiendo, de pronto, mi mano comenzó a temblar impidiéndome escribir, el lápiz solo iba de un lugar a otro sin poder atinarle al papel, ese día casi no había dormido como la mayoría de veces, pues esa noche, el fantasma mayor – el hijo mayor de mi madre que se llama igual que mi papá-, mientras trataba de amordazarme,

buscando mi intimidad, las manos le temblaban, no sé si se estaba saboreando su sentir, miedo, que se yo, pero fue la primera vez que me defendí. Yo había escondido un cuchillo debajo de mi almohada, logré aventarlo y cayó al suelo, yo me incorporé para defenderme y saqué el metal reluciente dispuesto a hacer su trabajo, él corrió huyendo en medio de la oscuridad, solo las penumbras lo acompañaban, yo deseé que fuera solo una pesadilla como muchas. Volteé a ver el altar de santos que según estaban para cuidar mis sueños, solo el cuadro del ángel de la guarda resplandecía, quizás apenas escuchaban mis ruegos. Me quedé pensando con el corazón latiéndome en la garganta, comprendí, que solo habían sido testigo de mis infortunios, y que solo yo me podía cuidar, así que tomé la decisión de hacerme más fuerte y enfrentar mi situación yo sola.

Desde ese día, mis manos no cesaron de temblarme, como si mi agresor me hubiera contagiado su trastorno o tuve miedo de dar un golpe certero y mi madre no sé que hubiera hecho conmigo.

Ese día en clases, el trepidar de mis manos no cesó hasta que escuché un grito de la maestra para que me apurara a hacer los ejercicios que nos había puesto, y como pude, luchando por controlarme los hice, pero tomé una decisión:

Enfrentaría esos malditos fantasmas, no importaba si fuera de noche o de día, pero **jamás** me volverían a agredir.

Yo nunca quería que las noches llegaran, pero en esa ocasión, ansiaba que la oscuridad se posara en mi cuarto. Mis pensamientos estaban concentrados en aniquilar esos infelices espectros, y lo tenía que hacer rápido, antes de que mamá se diera cuenta y me echara la culpa a mí, aunque ella ya sabía y no hizo ni dijo nada, la conocía, me haría quedar como la

mala del cuento delante de mi padre para desacreditarme, así fui espantando uno a uno esos fantasmas encarnados, desde ese día no se atreverían ni a mirarme, y con tan solo 12 años, me dormí con un cuchillo bajo la almohada, y lo sacaba cada vez que fuera necesario ahuyentar mis pesadillas, y solo así me hice respetar. De más niña cuando comenzaron esas pesadillas, no sabía si era bueno, malo o natural, me hacía la dormida pensando que era un mal sueño, Lo malo, fue que me quedé con ese cuchillo, convirtiéndose en símbolo y estandarte para defenderme de la vida, y todo aquel que se me acercara aun sin intenciones de dañarme lo atacaba, fue así como me abrí camino en la vida, a base de machetazos.

Ese temblor, se hizo presente por muchos años, como recordándome que solo me tenía a mí misma. También comenzaron los golpes ocultos, como los golpes en la cabeza que me propinaban cada vez que pasaba cerca de ellos, y los pellizcos. Uno de ellos, era tan fino para pellizcarme, que llegó el momento que mi piel ya no sentía, ya de grande si alguien me llegaba a pellizcar aunque fuera por broma, me ponía como leona agrediendo de forma potencial a mi contraparte.

Era sumamente agresiva, peleaba por todo, gritaba por todo y hasta lloraba por todo, en casa me decían que estaba loca, y que debía estar en un manicomio, pues casi lo lograban. Incluso muchas veces pensé en el suicidio pero nunca lo concreté. Me gustaba saborear la imagen de mi madre al tener que reconocer mi cuerpo yacente, era mi forma de paladear una venganza contra ella que nunca realicé por miedo al pensar que mandaría a mi padre a hacer esa labor tan penosa para él y destrozarle, y casi escuchaba diciéndole –Ya ves, te dije que tu hija estaba loca, de balde tanto sufrimiento para que nos pagara con esto, es una mal agradecida, yo que tanto me maté para que ella tuviera lo mejor....- Esos cantos imaginarios eran los que más me hacía volver más demente....

Como seguí pensando que la muerte era lo mejor, invocaba a mi abuelo fallecido y le rogaba que me llevara con él, fue cuando sus libros comenzaron a llegar a mí como si mi abuelo desde el lugar donde estaba me estuviese contestando, haciendo de mi existencia más llevadera. Al principio, los libros me servían para escaparme de mi realidad, prefería vivir en la fantasía que ver y comprender lo que me estaba pasando, después se convirtieron en mi pasión y más que eso en Maestros y Amigos inseparables.

En mis últimos años de primaria, me convertí en la defensora de los débiles, cuando veía que algún niño era burlado, abusado, pegado o lo que ahora se conoce como bullying, yo me metía a defenderlos y me abría paso a base de golpes, así me hice respetar, a la vez ganando varios compañeritos que giraban a mi alrededor, en realidad lo que me estaba aconteciendo, era proyectando mi sentir.

Para agradecerle a mi madre, me fatigaba hasta más no poder haciendo quehacer en casa, era la única forma de no escuchar algo desagradable, hasta que una vez, moví la estufa para limpiar atrás porque había sospecha de ratones y me dijo que si estaba estúpida porque pude haber roto la tubería de gas y podríamos explotar, -toda su vida fue muy fatalista- me puso una paliza con un cable de luz, hasta que se cansó, para entonces iba yo en la secundaria. Me daba mucha pena cuando tenía deportes y usaba short, con el pretexto de tener mi periodo menstrual, no me quité la falda por mucho tiempo para que no me vieran las piernas todas ultrajadas, porque además me amenazó que si la mandaban llamar, me sacaría de la escuela, que para ir, tenía que dejar limpio, barrido y trapeado mi cuarto y el de ellos a pesar que tenía mucha servidumbre a su servicio por lo de su negocio, pero decía que ellos eran para su ayuda, no para la mía, y la verdad, ya no quería más quehacer, pues al llegar de la escuela, tenía que ayudar en su negocio.

En cuanto a los hijos de mi madre les supe decir que no a base de trancazos, fui su bacín de escupitajos, me decían de todo, entonces pasé a ser la gorda, fea, inútil. La que nadie se casaría con ella por horrible y demás palabras degradantes e hirientes: Frases que escuché tanto, repetidas veces hasta llegar el momento que ya no me dolían, pero se quedó cincelado una dureza en mi rostro que hasta la fecha trato de desvanecer.

El más chico de los hijos varones de mi madre, le dio por humillarme con palabras, y sus payasadas dolientes, se paraba atrás de mí cuando estaba sus amigos en la casa y hacía como si me picara la panza con un lápiz y comenzaba a hacer un ruido como desinflando un globo, y ese globo era yo, así me llamaba él, –globo terráqueo, porcina, petunia, etc etc-. Yo solo me tragaba las humillaciones, logrando que subiera más y más de peso –como lo comenté a los 8 años tenía 20 kilos de sobre peso y era talla 40-.

Yo estaba súper enamorada de uno de sus amigos. Cuando era la hora de la comida, siempre la hacíamos en absoluto silencio, solo se escuchaba nuestra respiración, esa vez lo vi llegando con su amigo y seguro se quedaría a comer. Yo me esmeré en poner la mesa que era una de mis obligaciones, y puse mi plato frente a él. Mientras comíamos, yo me atreví a romper el silencio y les dije que llevaba puro 10 en inglés, mi hermano me miró burlón y dijo que por qué me creía mucho, que de nada me serviría en la vida, solo su amigo me miró no sé si con lástima y me sonrió débilmente, tal vez para que mi hermano no lo viera. Las lágrimas se quedaron bailoteando en mis ojos luchando por no hacerse visibles y comencé a tragarme mi humillación con bocanadas de comida para que se me desatorara el nudo en la garganta. Solo siguió en un silencio hiriente. Mamá estaba indiferente, creo que ni escuchó lo que pasaba. Después ellos se fueron a la sala y mamá siguió con sus labores en otro cuarto.

Yo me quedé limpiando la cocina, porque no podía hacer mi tarea de la escuela sin que la cocina quedara limpia. Mi hermano se fue a la papelería, solo escuché a su amigo decir que ahí lo esperaba, en cuanto oí la puerta, escuché los pasos de su amigo, pero jamás me imaginé que se dirigía a donde yo estaba.

Me espantó al sentirlo tras de mí, luego amablemente me pidió un vaso con agua, yo muerta de pánico solté la escoba y tomé la jarra. Le serví con mis manos temblorosas, no sé si por el mal que me dominaba o por la emoción de tenerlo tan cerca. Me hizo una broma que le atinara al vaso y yo me reí con él. Me relajé con el comentario mientras olía su aroma, para mi mala suerte mi madre se dio cuenta y dijo que las señoritas bien no se reían con descaro, y de puta no me bajó, así me robaron hasta la sonrisa, la ilusión, la felicidad y los sueños. Cada vez que me lo encontraba, me escondía de él, pues me daba mucha pena mirarle a los ojos.

Mucho tiempo después, volví a ver ese amigo, para entonces yo había bajado muchos kilos de humillaciones y estaba hecha un verdadero bombón, para entonces, estaba comprometida con mi actual esposo. Llegué a casa de las pocas veces que regresé, y él estaba emborrachándose en la tienda de la esquina. Él se había casado cuando era muy joven y se fue a vivir a otra ciudad. Cuando me enteré de la boda, me destrozó el corazón y corrí a llorar en silencio ocultándome de cualquier comentario hiriente.

Yo solo iba de paso como siempre. Nuestros ojos se encontraron casi por casualidad, y enseguida me reconoció. Él sin pensarlo fue a mi encuentro preguntándome por mi hermano, yo creo que fue solo mero pretexto para acercárame, pues él sabía mejor que yo de su amigo, pues ya hacía muchos años que yo ya no estaba en esa casa, solo le contesté que no sabía nada de él, y con amabilidad me despedí, no sin antes mirarlo unos instantes a sus

ojos, seguían siendo los mismos de aquellos años, igual de hermosos y sinceros, pero su rostro, estaba muy demacrado, casi cadavérico, no le pude sostener la vista como siempre, pero esta vez porque me dio un profundo sentimiento de misericordia al verlo hecho un guiñapo, pues ambos se dedicaron mucho tiempo a las drogas, poco después supe que había muerto por la misma causa. Aún recuerdo su mirada tan transparente, yo creo que él no veía mi gordura, quizás me apreciaba como el amor ciego, y veía mi esencia, tal vez esa ocasión me quería decir algo, algo que me hubiera gustado escuchar mucho tiempo atrás para sanar mi desvalorización, -que quizás yo le gustaba o simplemente que no le importaba de cómo mi madre me había tachado por un simple vaso con agua que le servía-, quizás estuviéramos juntos, pero el quizás no existe.

Al salir de casa, aún estaba parado y solo me despedí de él agitando la mano, pues mi marido esperaba en el coche. Le sonreí débilmente y él correspondió con una sincera sonrisa, pero desdibujada de lo que había sido su hermoso rostro.

Mi entonces prometido me preguntó por él, yo le conté parte de la historia sin contarle a detalle y él no pudo evitar un ataque de celos, pero lo paré en seco, pues ya me habían castigado lo suficiente y jamás permitiría que me hirieran y castigaran dos veces por la misma causa, -me había costado mucho trabajo y años para restaurar y tomar control de mi valía y mi persona, y no le daría el poder a nadie ni a nada para volverme a destruir. Era mi prometido, no mi dueño y si era necesario rompería esa relación incluso con todo ya planeado y de hecho, estaba dispuesta a hacerlo-. Tomé mi lugar con dignidad, y mire por el espejo retrovisor, solo vi una silueta desaparecer, así como se desapareció mucho de mi vida.

Cuando en la secundaria, empecé a tener novio, había unas fábricas muy solitarias, donde nos dábamos cita los enamorados, un día pasó ese hermano, y corrió a la casa a decirle a mamá que estaba besándome con un chico, yo llegué antes y estaba haciendo quehacer para amortiguar lo que pasara. Llegó como rata rabiosa y me dio un zape en la cabeza que me hizo tambalear, madre tenía unos cuchillos, y ahí delante de todos tomé uno y me le fui encima. Fue de quejón con madre, pero ella me dijo- “Vaya hasta que te defiendes”-. Desde ese momento, el cuchillo que mantenía bajo la almohada, se hizo visible, y así lo lleve mucho tiempo, entonces me convertí en una mujer que siempre tiraba a matar, no había negociaciones conmigo, no había pláticas, solo un sablazo simbólico certero y con mucho odio.

En una ocasión, una vecina le estaba platicando a madre que se había enterado que otro amigo de ese hermano, le hacía lo mismo a su hermana, yo pensé que madre tomaría conciencia y saldría a mi defensa, y que las madres se juntarían para defendernos, sentí alivio estúpido al saber que no era la única, por fin algo harían por nosotras, pero madre solo hizo comentarios que es mejor no decirlos para evitar un poco el dolor.

Ya más grande, madre y mi hermana estaban comentando de los hijos no reconocidos por sus hijos que eran varios, y en especial su hijo menor quien ya tenía una niña que nunca fue reconocida, y ya era abuelo. Madre dijo.

-¡Qué bárbaro! ¡No sé cómo pudo hacerlo, tan chiquito que estaba mi hijo!- Yo contesté.

-Pues claro, el muy puto se entrenaba conmigo-.

Mi hermana se quedó callada desconcertada, mientras yo retaba a madre con la mirada para ver si decía algo, pero mi coraje se hizo más grande cuando mi comentario pasó desapercibido y siguió la plática como si yo no estuviera.

Cuando cumplí XV años, mi padre me hizo una gran fiesta, mis tías me platicaban que papá había planeado esa fiesta prácticamente desde que nací, hubo más de 200 invitados, pero a mí solo me dieron 10 boletos para cinco de mis amigas, pues como no podían ir solas tan noche, todas iban acompañadas de un adulto. Una de ellas fue con su padre, y a la fecha cada vez que me lo encuentro, se acuerda de lo bien que se la pasó en mi fiesta. Veo las fotos, y recuerdo que unos días antes me fui de la casa con el pretexto que papá me había hablado muy fuerte al recibir una queja del hermano mediano, -ese día mi madre me platicó que papá no pudo dormir-.

La verdad es que nunca me preguntaron que quería para mi festejo, yo solo hubiera optado por refrescos, botana y bailar toda la noche con mis amigos, pero mi madre fue quien decidió todo y quiso que sus hermosos hijos fueran mis chambelanes. En los ensayos para el vals, tuve que aguantar todos sus insultos, y por supuesto sus golpes y pellizcos escondidos, afortunadamente no me tenían que tocar para las ridículas reverencias, yo peleaba como leona delante del maestro de vals y ellos siempre decían.

-Ya viste que grosera-.

En uno de los ensayos – que para mi fortuna fueron muy pocos- , yo esperaba con ansia los resultados de los exámenes de la prepa. Uno de mis amigos me llevó el periódico, cuando vi mi número, me fui corriendo donde estaba mi papá, pero había salido, mi madre estaba

lavando algo y le fui a dar la noticia, me estaba felicitando cuando uno de sus hijos llegó y me dijo.- “ya entraste, ahora a ver si sales”.- Mamá le grito que era un envidioso y un burro porque él había presentado el examen no sé cuantas veces y nunca lo había pasado. Me desconcertó que madre me haya defendido, tal vez como decía mi papá, muy en el fondo me quería a su manera. Yo lo aventé con desprecio con todas mis fuerzas y lo mandé de puras nalgas a medio patio, pues sentí el respaldo y las fuerzas de mi madre.

Esperaba que ellos se quejaran con papá cuando llegara, yo estaba lista de decírselo todo a mi padre para que no hubiera esa estúpida fiesta, pero nadie dijo nada. Mi madre se adelantó a decir que había pasado el examen de admisión, a lo que mi padre me abrazó y me besó con mucho entusiasmo borrándose la experiencia anterior, solo ellos me miraban envidiosos y yo les mentaba la madre a señas para provocarlos, pero no hicieron nada.

Mi padre me miró a los ojos y me dijo lo mucho que me amaba.... Simplemente no fui capaz de decirle a ese hombre tan amoroso por lo que había pasado y decidí que se hiciera la fiesta según sus planes. No soportaba solo pensar que ese hombre tan hermoso pudiera estar en la cárcel como mi madre me lo había amenazado o que lo mataran en prisión.

Ese hermano quien me diera a entender que no podría con la escuela, yo le decía mi soñador de pelo largo, porque andaba de moda los hippies comunistas, y él era uno de ellos, se la pasaba escuchando música de protesta y cantando en el zócalo a grito abierto, luego corriendo cuando llegaban los soldados. A mí me gustaba andar con él, era aventurero y alegre, gozaba de la vida y viajaba mucho de puros aventones, yo me extrañaba que él no me hiciera lo que los demás, lo quería mucho hasta que una vez, me sacó desnuda del baño a jalones porque no quería ir al otro baño que estaba pasando el patio, madre lo vio y lo sacudió

a escobazos, no sé porque me defendió. ¿Habrá sido porque estaba todos presentes? Lo que si pasó es que desde entonces mandé a la rechingada a mi soñador de pelo largo.

Después ya nada me paró, me volqué contra ellos, seguí mis estudios, estudié varios idiomas, tuve excelentes trabajos, yo era el orgullo de mi padre y mi madre se ufanaba de mí. Yo a los hermanos los humillaba, los ninguneaba, mi gran soberbia disfrazada de falsa humildad los acribillaba, hasta que llegó el momento que mucho ya no era suficiente, mientras más odiaba, más necesitaba hacerlo, mi sangre ya estaba envenenada y necesitaba de más veneno para existir. Era una especie de droga, hasta que un día le hablé a Dios, y este enseguida me contestó cuando vi un anuncio en una pizarra de un salón vacío donde tomaba un curso, - casualmente ese día llegue temprano y no había nadie- y decía: "Si quieres ser feliz un día véngate, si quieres ser feliz toda la vida, Perdona". Este pensamiento, fue el inicio de un largo periodo de sanación para mi persona, alma y espíritu, dejé de demostrar quién era yo. Llegué a la conclusión que no había necesidad de demostrarle nada a nadie, Yo sabía quién era Yo y eso era más que suficiente, así abandone mi odio y me dediqué a amarme a mí misma. Entonces fuimos Dios y yo.

El día de mi graduación, mi madre se dirigió hacia mí, pensé que me iba a felicitar, pero me dijo que desde ese momento ella ya no cuidaría más de mí, así que al otro día ya no estaba en casa, temprano me salí a buscar un lugar donde estar pues ya hacía tiempo que trabajaba y estudiaba y tenía mis propios recursos. Me fui tras las protestas de papá que terminó por comprarme lo más básico para mi nuevo hogar... ¡Al fin, era libre!...

En mis primeros trabajos, madre me pedía que le diera lo que ganaba, incluso mi padre me dijo que le diera gasto, yo siempre lo había hecho desde mi primer sueldo, pero le dije a papá

que me pedía más de lo que ganaba y le enseñé mi sobre, él simplemente dio la media vuelta y le dijo a mi madre -Déjala en paz mujer.- Madre solo me retó con la mirada, la cual la sostuve tan fuerte hasta que desvió la cabeza para otro lado.

Esas palabras, ese sentir, esa impotencia, me quemó la garganta todo este tiempo. El silencio me corroyó por muchos años. Así viví con eso, hasta que pude salirme de casa y hacer de mi vida lo mejor que pude, como Dios me diera a entender, pese a toda la carga emocional que llevaba encima. Efectivamente, nunca fui capaz de decirle a papá una palabra, estoy convencida que así lo hubiera hecho como lo dijo mamá, porque papá nos quería mucho a mi hermana y a mí, pero eso no fue lo que detonó mi distanciamiento y mi ira con ella. Eso, muy posiblemente me lo hubiera llevado a la tumba, y con eso, se hubiera enterrado mi verdadera historia y con ella mi silencio, siempre dudé sacarla a la luz y nunca me decidía, pero lo acontecido, me obligó a hacerlo.

En una ocasión, al ver los cuidados que tenía con mi hija, la invité a donde conoció a mi padre cuando se hicieron novios, mientras yo manejaba, le tomé la mano y se la besé, le dije:

-Madre, tú no tuviste la culpa de lo que pasó con tus hijos, ni con los cuñados de mi hermana, no te sientas mal por eso-.

Ella suspiro profundamente como conteniendo el aire, finalmente contestó con voz temblorosa.

-Pues no se que hice mal, pero lo volvería a hacer-.

Sabía que nunca aceptaría si algo le iba mal – a mi parecer-, así que en ese momento, le besé su mano y se la solté, al hacerlo, la solté también a ella. Ya sus palabras no me hirieron,

pero confieso que quedó un enorme vacío en mi corazón, pues en el fondo añoraba algo más de ella, quizás que lloráramos juntas o que me abrazara, pero sabía que eran solo expectativas mías.

Nuestra convivencia se hizo más estrecha, pero traté que fuera lo más agradable posible para sobrellevarla, incluso cuando me fui a vivir al extranjero, mandé por ella, mi papá le cedió el lugar a mi hermana, y las llevé a conocer infinidad de lugares, todo con reserva y mucha distancia, y cuando se veía venir alguna diferencia, simplemente la soltaba y la dejaba ir, y quedaba en espera de un mejor momento.

Cuando mi hija nació, mi madre le llamó a sus hijos para que me felicitaran, y así uno a uno me llamó al hospital por instrucciones de mi madre, y así uno a uno los fui despachando de forma tajante y definitiva, con un estoque certero directo a matar, volví a ocupar el cuchillo, pero una vez que lo acabé de usar, al ver a mi hija, este se desvaneció ante mi mirada dando paso al amor y ternura que tenía escondido detrás de aquellas capas de protección. De la misma forma, el temblor en mis manos se esfumó y mis brazos quedaron listos para abrazar con amor a mi pequeña.

Tan pronto llegó mi madre al hospital, le advertí que si quería estar cerca de mí y de mi hija, que no me nombrara a sus hijos.

-Sabes por qué ¿verdad? -. Le dije desafiante. -O ¿quieres que te recuerde?- Terminé de forma irónica delante de mi hermana, mi esposo y mi sobrino, ella solamente se hizo la desentendida y pareció no escuchar, pero comprendí que había entendido. Una vez más se selló aquel silencio que años atrás habíamos pactado, y cuando no cumplió, pasó todo aquel infortunio. Yo creo que pensó que no sería capaz de hacer lo que hice, pero mi rabia

acumulada y el hecho de pensar exponer a mi hija a mi misma suerte, lo volvería a hacer.  
-Tomando sus mismas palabras-

El día que le aventé la puerta marcando ese enorme vacío y distanciamiento entre ella y yo, fue porque yo tenía que hacer unos trámites en el DF, así que salí de casa de madrugada, me llevé a mi hija y pasé a dejarla con ella. Llegue tan temprano, que aún no se levantaba, le dejé una buena dotación de películas y comida, a lo que ella se dispuso a verlas y comer juntas. Me fui, una vez que le enseñé como usar los aparatos.

Llegué ya pasada la hora de comida, ambas aún estaban en pijama, cosa rara en madre, porque si nos levantábamos cinco minutos pasadas de la hora fijada -que para mí era a las 6:00 am todos los días-, era una huevona buena para nada.

Aparte de asombrarme, me alegré, pues era una faceta de madre que no conocía. Llevaba ropa para quedarme ese fin de semana con ella, pero como no llevaba un documento, tenía que regresar a la casa y enviarlo, así que emprendí el regreso a casa. Estaba a punto de pasar la caseta, cuando mi hija me dijo:

-Mami, hable con un hombre, no con mi abuelito, sino con uno que todavía vive que se llama igual-

Enseguida, relacione que era el Pastor, el hijo mayor de mi madre que se llama igual que mi papá, él se había ido a Estados Unidos, y allá con papeles falsos se dedicaba a Pastor de una iglesia salvando almas deambulantes.

-Sí hija.- Le contesté con un hueco en el estómago.

-¿Cómo fue eso?- Logré preguntar con dificultad.

-Sí, mami, mi abuela me lo pasó por teléfono, mientras veíamos la peli.

Metí el freno a mi carro hasta el fondo, me di vuelta en un retorno en sentido contrario, y me regresé directo a la casa de madre.

Cuando llegué, no quise bajar a mi hija del auto y le dije guardando la compostura lo más que pude.

-Espérame aquí hijita, no me tardo.-

-Sí mami.- Me contestó mi hija con su dulce voz.

Subí la escalera, encontré que madre apenas estaba haciendo la cama. Cuando me vio, hizo una expresión de sorpresa, pues creo que no esperaba que regresara tan pronto, y menos con la expresión que llevaba en mi rostro.

Me eché sobre ella como una leona sin pensar, porque si lo hubiera pensado, creo que nunca lo hubiera hecho, pero la rabia acumulada de todos esos años, y el hecho solo de pensar de exponer a mi hija, hicieron que se detonaran mis viejos rencores con un vil sentimiento de rabia potenciado al infinito. Se despertó mi odio escondido desencadenándose todo lo que me corroía por dentro, dándome el debido impulso de hacerlo, y con mi dedo punitivo le dije:

-Si no fuiste capaz de defenderme de los putos de tus hijos y de los cuñados de mi hermana, ¿por qué acercas a mi hija de mis agresores? No quiero que lo vuelvas a hacer, así que en tu puta vida te vuelvas a acercar a mi hija. **¡TE LO PROHIBO!** - Más que gritarle, se lo escupí.

De niña, no fui capaz de defenderme de ella, además, si ya llevaba 40 años callada, creo que lo hubiera seguido soportando, pero involucrar a mi hija, eso sí que me dolió, y no lo acepto ni lo aceptaré nunca.

¿Dónde había quedado esa doña a la que todo mundo le tenía miedo? ¿Dónde estaban sus fuerzas arrasadoras? ¿Qué había sido de esa mujer tan fuerte? ¿Por qué me permitió hablarle así? ¿Por qué no se defendió? Seguramente ni tiempo le di para alcanzarme, porque en sus mejores tiempos, me hubiera roto la cara de un bofetón o por lo menos me hubiera gritado su sentir.

Al subir al auto, me volví a tragar mis gritos silenciándolos una vez más para que mi hija no se diera cuenta de lo que había pasado, solo mi hermana me vio pasar con el rostro descompuesto tratando de aparentar que nada había pasado.

Me fui, no sin antes cerciorarme que la puerta tronara lo más fuerte posible cuando la aventé, sellando ese distanciamiento, agradeciendo cada kilómetro que me alejaba más de madre. Conduje lo más tranquila que pude, pues mi vida y la de mi hija dependían de cómo lo hiciera.

Ahora que estoy a punto de terminar esta historia, la dejo momentáneamente...porque me vino otro ataque de tos hasta llegar a las lágrimas... Estas lágrimas, surgen ahora, porque por más de 40 años no pude sacarlas, siempre aparentando ser fuerte y que nada ni nadie me podía dañar, pero toda la vida fui aquella niña dolida, sola con un cuchillo para defenderse...

Me quedo meditando, y pienso que ... aún sigue clavado el rencor en mi garganta, tal vez, me sigo auto silenciando, pero tan solo imaginarme que mi única hija pueda estar en peligro de correr la misma suerte que yo. Ahora **GRITO. Y LO GRITO** por dos cosas.

-La primera, para diluir esta experiencia y no reprogramarla a mi descendencia.

-La segunda, es para invitarte a que también **GRITES, y GRITES** tan fuerte, para que estos casos paren y no se vuelvan a repetir. **¡JAMÁS!**

Ahora, cierro mis ojos y le pido a Dios que me guíe y me dé espacio, pero sobre todo fuerza y sabiduría para atravesar el trago amargo de esta experiencia que estuve cargando por más de 40 años, porque ahora que me he vaciado de este dolor, quedo completamente vacía, porque a final de cuentas, esta ha sido mi historia de toda la vida, y sin ella, no sé qué hacer. ¿Quién sería yo ahora? ¿Qué sería de mi historia? ¿Dónde quedan las heridas de mi niñez?

No sé si esta sea la manera en que Dios puso en mi pensamiento aquel día, de encontrar a mi madre por medio de mi hija, y la forma fue primero enfrentándola y después perdonarla. Pero quisiera un perdón real, no un perdón apócrifo, social o fingido, sino de ese perdón que se otorga de corazón. No el entendido como reconciliación, sino como el único camino de encontrar mi esencia contenida en Dios como Creación Divina que me lleva a la liberación, y deshace todo aquello que me impide experimentar su Paz. Tampoco significa olvido ni que vaya corriendo a abrazar y besar a mis agresores, sino el que solo Él es capaz de curar.

De repente, una Luz luminosa llega a mi cuerpo dándole un calor sutil muy peculiar. Dios me toma de la mano y me hace llegar el siguiente pensamiento:

-¡Qué bueno que estás vacía! Porque ahora, te puedes llenar de Mí, esta Luz es todo lo que te puedo ofrecer niña mía, pero de ti depende que la tomes o no -.

Abro mis ojos, y salen de mí las últimas lágrimas amargas. Repaso en mi mente como una película toda esta historia de mi vida, y doy cabida a ese llanto retenido. Grito, y sigo Gritando tan fuerte hasta desgarrarme la garganta de todo lo que he callado. Escupo toda la rabia contenida y resentimientos viejos y olvidados. Finalmente, decido dejarla atrás entregándosela a Dios, solo Él, puede hacer el milagro no solo de borrarla, también de darme el poder de manejarla y no que me destrozé otra vez y quedarme con la herida abierta y sangrante, pero

sobre todo me da la Sabiduría, la Inteligencia y el debido Conocimiento, para tratar este tema con mi hija. -Ya hasta unas madres de las amiguitas de mi hija se han acercado a mí para que yo les ayude. Otras me dicen que no lo haga que son muy pequeñas, que no las atormente y que no les quite la inocencia, pero yo prefiero un millón de veces que mi hija a su temprana edad sepa lo necesario y poco a poco guiarla, a que le roben su inocencia como a mí atiborrándome de dulces para pagar su precio-.

Me viene a la mente pensamientos y experiencias que me han ayudado de forma invaluable a mi sanación. La más importante, es seguir levantándome muy temprano y teniendo esas pláticas con Dios todas las mañana, pero ahora, son charlas muy íntimas, honestas y armoniosas. Un día, sin más, yo creo que cuando Él lo consideró prudente me dijo: - “Tuviste la madre que necesitabas para vivir esta experiencia de vida”-...

Ahora vuelvo a ver a mi madre, y comprendo cuando Dios me lo dijo que la encontraría a través de mi hija. Efectivamente, me la encuentro cuando le grito, cuando la regaño, cuando le llamo la atención de forma inadecuada, pero ahora soy consciente y veo el momento cuando le besé la mano aquella vez para dejarla ir.

Llego a la conclusión que Yo no soy ella; Yo soy Yo. Abrazo a mi hija y le pido perdón por las palabras y modos innecesarios contenidos atrás de mi propio enojo, frustración y desesperación. Yo no quiero ser como ella, y día a día, sigo trabajando en mi persona, pues ahora tengo consciencia y la ejerzo. Hay miles de formas de corregirla a los hijos, pero solo una es la más efectiva, que es desde el amor.

Además de este pensamiento que Dios me dio como regalo, me dio otro más. No solo de encontrar a mi madre a través de mi hija, sino también me he encontrado a mí misma a través de ella ya a través de Él.

Con Él, me vuelvo a rehacer, renazco y otra vez vuelvo a ser. No esa niña con la inocencia robada. Sino aquella niña que dormía plácidamente en la casa de los abuelos. Tan pura, tierna y exageradamente amada por mi padre, mis abuelos, mi hermana, mis sobrinos, mis amigos, mi hija, y sobre todo por Dios mismo, además me ha quedado profundo amor y respeto por mí misma, pero sobre todo, me reconectar con ese Dios tan amado que mi abuelo y mi padre me enseñaron. Ya Lo veo, Le escucho y Lo siento, pero lo mejor, que Él me contesta amándome y con eso me basta.

Ahora con Él dentro de mí y Yo dentro de Él, puedo incluso hasta amar a mi madre a través de mi hija. Cuando le relato el mundo de gente que movía a través de sus banquetes, de cómo la familia y amistades giraban alrededor de ella saboreando sus manjares reconfortándonos el alma. Le describo sus bellos diseños de moda. Alabo su perseverancia y su sed de conocer más de la vida, como cuando terminó su primaria a los 70 años pues nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela. En ese entonces, ella estaba recién operada de las rodillas. Yo fui a recoger sus documentos y me sentí ¡tan orgullosa de ella!, porque me di cuenta que fue una persona muy querida y admirada, ahora yo venero su existencia.

Con Dios, no hay nada imposible, pues Él me otorgó la magia de verla a través de mis sueños, y tengo la relación con ella como hubiera querido. Ahí, siempre estamos en tiempo presente. La veo, le platico mis experiencias, vemos juntas los atardeceres y amaneceres, la

abrazo, convivimos como en este plano nunca lo hicimos, y hasta nos amamos, quedándome la sensación que en realidad así es, pues ahora todo el pasado tormentoso se ha ido.

La cicatriz ya no duele aunque aún esté presente para recordarme que tengo que cuidar a mi hija y que la vida, el tiempo sigue su curso. Que los instantes son los que forjan toda una vida de momentos para llevarse en el alma.

De niña, al quedarme sin mi abuelo y mi hermana, lloraba mucho preguntándome ¿Dónde estaba Dios? Ahora, he tomado conciencia de Él, y Él, ha tomado conciencia de mí.

Tengo la certeza que la Sabiduría y el Amor de Dios, están presentes en todo lo que me constituye dentro y fuera de mí, y son armas que ahora porto y no son hirientes y lacerantes que iban como flechas envenenadas directo al corazón.

No sé si haya tenido otras vidas antes de esta, o vaya experimentar otras más. Tampoco sé que le debía a la vida que al menos en esta experiencia me tocó padecer, soportar y aprender. Llamo a la inteligencia Divina para que me ayude a otorgar el perdón, pero sobre todo me perdono a mí misma por haberme dejado cargar esta experiencia por tantos años. La más amarga de mi vida. Lo hago sin juzgar, porque no es un juicio ante la corte de justicia, sino es un juicio delante de Dios, de Alma a Alma.

Un suave viento me acompaña como recibiendo respuesta a mi petición, permitiéndome, que la Luz de Dios entre en mí para limpiarme y llenarme este vacío, ahora me alegro, me regocijo tanto, que ahora mis lágrimas, son lágrimas de gozo. Lágrimas dulces de esas que solo Dios me puede dar cuando se sienta a mi lado y me abraza diluyendo todos mis pesares.

Mis gritos, fueron silenciados por 40 años, pero descubrí que también en el Silencio se encuentra Dios, y lo mejor, es que Éste te responde.

En este Silencio que no hay palabras para explicarlo. Aquí, me he reencontrado, pues ya no es un silencio acallado de rabia y punzante, de ira, dolor y humillación, es un Silencio Apacible de Armonía, Paz y Respeto, de Ternura y Dignidad que me acaricia posándose con un suave susurro llenando mi vacío, donde no hay nada que decir, pero mucho que reparar, para terminarme fundiéndome con el Creador en su Silencio Cósmico, abriéndome las puertas y caminos de Infinitas posibilidades para salir de mi auto cautiverio, donde el Silencio no habla, pero es Elocuente.

Siento que tanto vacío, da espacio a mucha fuerza para aceptar mi vida tal cuál es. No sé si haya algo de que estar orgullosa, lo que sí está claro es que, **esta ha sido mi historia, y así la acepto.**

Ahora, me veo en el espejo, y ese reflejo tan amado Soy Yo, y además me gusta lo que veo. Nunca había visto esos hermosos ojos grandes tan expresivos como sinceros. Adoro mi boca mediana dispuesta a hablar desde el amor. Aprecio mi nariz regular que inhala el aliento de Dios. Ubico mis oídos que escuchan a su Creador. Me encanta mi cabello ondulado y largo que cubre mis senos desnudos que alimentaron a mi hija. Presento mis respetos a mi vientre por dar vida y contener a mi mayor tesoro. Así como el Creador nos dio vida a nosotros, haciéndonos igual de creadores como Él. Doy gracias a mis brazos que están dispuestos a acoger, sostener y amar. Reconozco a mis piernas por haber caminado por senderos estrechos, y aún así están dispuestas a seguir avanzando reactivando mis pies cansados. Me enaltece mi hermosa piel morena que siente el fresco de la noche en donde mi vida ya es otra y está dispuesta a recibir amor. Me acepto con mis kilos de más que me han protegido de los embistes de la vida. Les agradezco su protección, y les hago ver que ya no los necesito y les permito partir. Dejo de comerme la angustia, la frustración, la ira, el resentimiento y las

broncas. Retribuyo con amor a mi corazón, pues mientras siga latiendo, tendré una oportunidad de iluminar mi vida. Envuelvo a mi cuerpo en una esfera de Luz, y veo, siento y percibo que habita el mismo Dios, y sobre todo... me acepto y me gusto con todo y mi historia, con dolores, sufrimientos, esperanzas y retos, ahora lo entrego a Dios para que lo transmute en pura Luz.

De hoy en adelante, tomada de la mano de Dios, Él me entrega un nuevo libro con hojas en blanco para reescribir mi propia historia cada día.

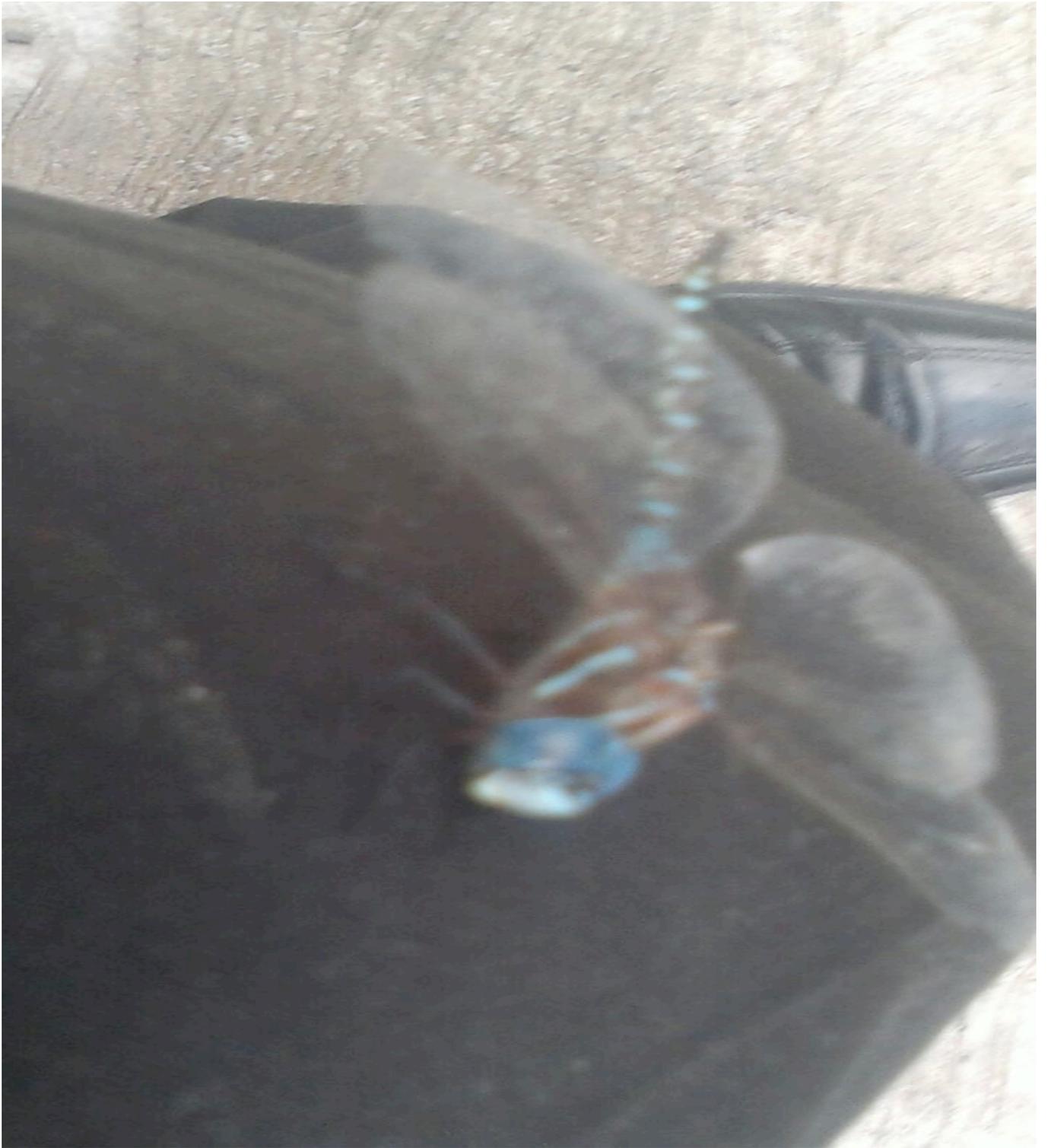
A Él le entrego todas las piezas fragmentadas del rompecabezas que conforman mi vida, mi espíritu y mi alma, para que con sus manos, Él me moldee y me vuelva a soplar su aliento de vida. Borra mi historia, porque va a escribir otra mejor, y así, envuelta en su Silencio, lo recibo... tomo el estilógrafo del tintero, y comienzo escribir.

Espero que esta experiencia te aporte en algo.

Gracias, gracias, gracias...

2 Noviembre 2015

Minerva Athenea



## NOTAS

1.- Kairós .- Según la mitología griega, el tiempo convertido en instante, el momento preciso, el esperado.

2.- Moiras.- De la mitología griega, son 3 hilanderas de la vida, conocidas como las hilanderas de la vida. También llamadas parcas. **Cloto** (Κλωθώ, 'hilandera') hilaba la hebra de vida con una rueca y un huso. **Láquesis** (Λάχαισις, 'la que echa a suertes') medía con su vara la longitud del hilo de la vida. **Átropos** (Ἄτροπος, 'inexorable' o 'inevitable', literalmente que no gira. Era quien cortaba el hilo de la vida. Elegía la forma en que moría cada hombre, seccionando la hebra con sus «detestables tijeras» cuando llegaba la hora. En ocasiones se la confundía con Enio, una de las **Grayas**. Su equivalente romana era **Morta** ('Muerte'), y es a quien va referida la expresión "la Parca" en singular.

Diccionario: <http://es.wikipedia.org/wiki/Moiras>. Última revisión mayo 2015.

3.- Los hijos de Sánchez.

Oscar Lewis

Fondo de Cultura Económica. Octubre 1964.

4.- La odisea.

Homero

5.- La Doctrina Esencial de San Juan de la Cruz.

Vicente Martínez- Blat Carmelita Descalzo.

Librería Parroquial de Clavería, SA de CV

6.- Cronos. Dios de la mitología griega del tiempo. En la **mitología griega**, **Crono**<sup>1</sup> o **Cronos**<sup>2</sup> (en **griego antiguo** Κρόνος *Krónos*, en **latín** *Cronus*)<sup>3 4</sup> era el principal (y en algunos mitos el más joven) de la primera generación de **titanes**, descendientes divinos de **Gea** (la tierra) y **Urano**, (el cielo). Crono derrocó a su padre Urano y gobernó durante la mitológica **edad dorada**, hasta que fue derrocado por sus propios hijos, **Zeus**, **Hades** y **Poseidón**, y encerrado en el **Tártaro**<sup>5</sup> o enviado a gobernar el paraíso de los **Campos Elíseos**.<sup>6</sup>

<http://es.wikipedia.org/wiki/Crono> Última revisión. Mayo 2015.

7.- Las 5 de la tarde.

Poema del Maestro Federico García Lorca:

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde.

Un niño trajo la blanca sábana

a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida

a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte

a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones

a las cinco de la tarde.

Y el óxido sembró cristal y níquel

a las cinco de la tarde.

Ya luchan la paloma y el leopardo

a las cinco de la tarde.

Y un muslo con un asta desolada

a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos de bordón

a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo

a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio

a las cinco de la tarde.

¡Y el toro solo corazón arriba!

a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando

a las cinco de la tarde

cuando la plaza se cubrió de yodo

a las cinco de la tarde,

la muerte puso huevos en la herida

a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

A las cinco en Punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama

a las cinco de la tarde.

Huesos y flautas suenan en su oído

a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente

a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía

a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena

a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles

a las cinco de la tarde.

Las heridas quemaban como soles

a las cinco de la tarde,

y el gentío rompía las ventanas

a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!

¡Eran las cinco en todos los relojes!

¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

8.- 20 Poemas de amor y una canción desesperada.

Pablo Neruda

9.- Caricatura de los ochentas:

**Remi, el niño de nadie** (家なき子 *Ienakiko*<sup>?</sup>), o simplemente conocido como **Remi**, fue una serie de **anime** hecha por *TokyoMovieShinsha* (actualmente *TMS Entertainment Limited*) en 1977. Está basada en la novela *Sin familia* (*Sans Famille* en su título original y conocida en inglés como *Nobody'sboy*) del escritor francés **Hector Malot** y tuvo 51 episodios de 30 minutos de duración cada uno.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Remi> Última revisión: Mayo 2015.